
28
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
ediciones UVE

28
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

EDICIONES UVE

© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 4135494 y 4135543.
MADRID-16.

Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 40.782-1981.
ISBN: 84-7526-019-5.

Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO

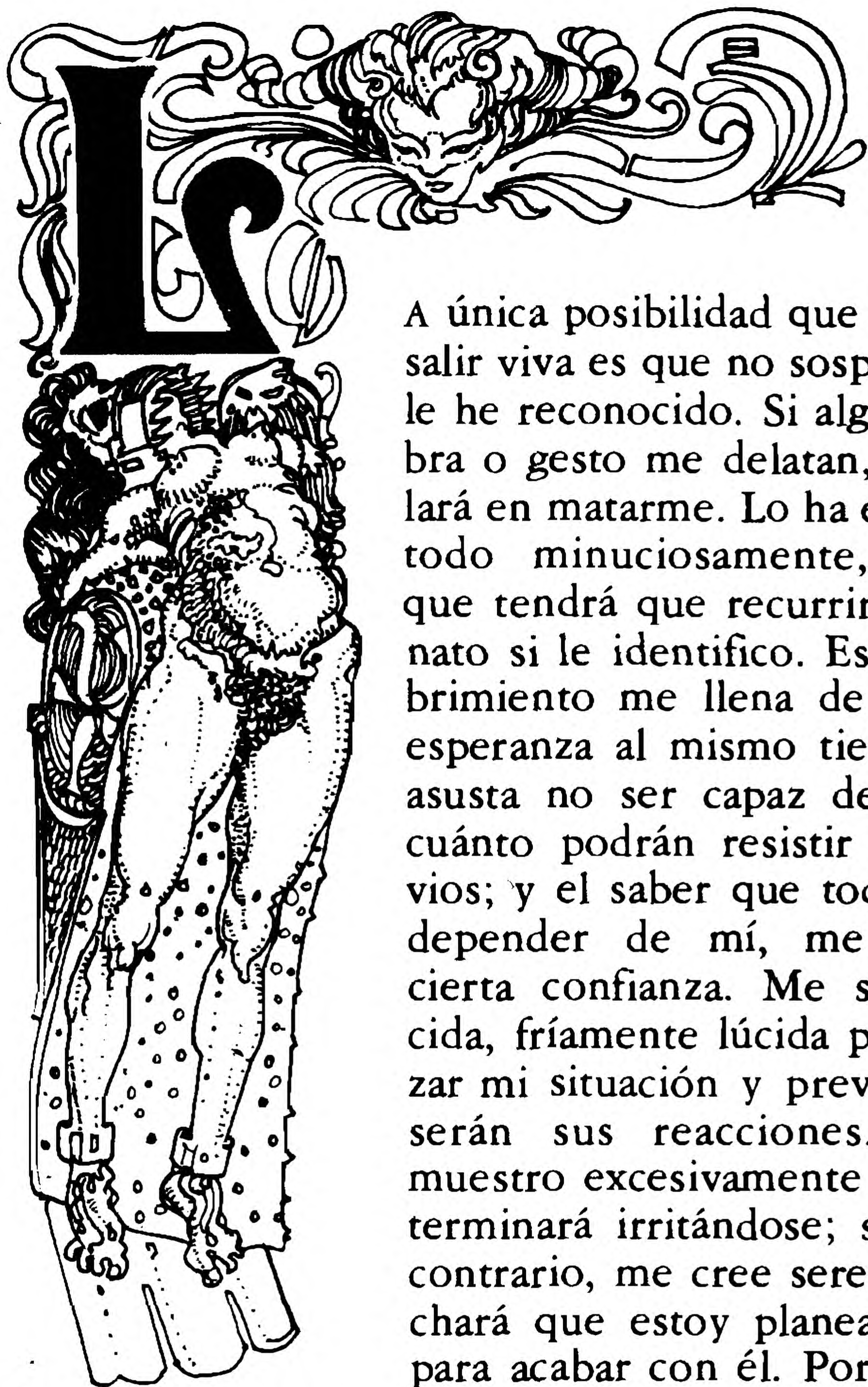

El rehén



El rehén

Fernando Martín Iniesta

Se encontraba atrapada, sola, a merced de la voluntad y de los planes del hombre encapuchado cuya identidad, sin embargo, creía conocer...



La única posibilidad que tengo de salir viva es que no sospeche que le he reconocido. Si alguna palabra o gesto me delatan, no vacilará en matarme. Lo ha estudiado todo minuciosamente, incluso que tendrá que recurrir al asesinato si le identifico. Este descubrimiento me llena de terror y esperanza al mismo tiempo: me asusta no ser capaz de calcular cuánto podrán resistir mis nervios; y el saber que todo puede depender de mí, me da una cierta confianza. Me siento lúcida, fríamente lúcida para analizar mi situación y prever cuáles serán sus reacciones. Si me muestro excesivamente nerviosa, terminará irritándose; si, por el contrario, me cree serena sospechará que estoy planeando algo para acabar con él. Por más que lo pienso, no soy capaz de trazarme un plan que me saque de esta situación. Temo, sobre todo, que al cabo del tiempo me hunda en la depresión, o me domine el histerismo...

Llevamos ya dos horas juntos y no podremos salir del edificio hasta mañana a las siete... ¡si es que salimos! A esa hora, el guarda, abrirá las puertas que quedan bloqueadas, cada noche, por un mecanismo

de seguridad. Un sofisticado sistema eléctrico del que se siente excesivamente satisfecho el director. Miro mi reloj: son las diez de la noche, hasta las siete de la mañana, quedan todavía nueve horas, nueve horas en las que estaremos juntos y en las que puedo delatarme en cualquier momento, nueve horas de ansiedad y angustia. «Póngase cómoda, señorita», me dice con la voz desfigurada por un chiclet o un caramelo que lleva en la boca, una prueba más de que nada ha dejado al azar. Con la enguantada mano, me ofrece un cigarrillo. No, no es de la marca que usa habitualmente. Lo rechazo, y, otra vez, la voz desfigurada: «¿No fuma, señorita?» Asiento con la cabeza pero estoy a punto de decirle: «Sabe muy bien que fumo». Me contengo y exclamo: «No, ahora no me apetece». Me señala un sillón: «Relájese — y carraspea—, no quiero hacerle ningún daño. ¿Lo comprende?» Sí, lo comprendo. No quiere hacerme ningún mal pero no lo evitará si es necesario. Elige un pitillo minuciosamente y lo enciende. Fuma con largas, cadenciosas chupadas, aspirando el humo profundamente. Entorno los ojos y me siento, entonces, más vigilada que nunca. La pistola con la que no ha dejado de apuntarme, desvía unos centímetros el cañón. No puedo reprimir un ligero alivio que dura muy poco: el cañón vuelve a su posición primitiva con un gesto brusco de la mano. Me acomodo en el sillón intentando relajarme. Cierro los ojos. Finjo quedarme tranquila y reconstruyo, mentalmente, cuanto me ha sucedido:

A primeras horas de la tarde, Sevial, mi jefe más inmediato, me ha rogado que no me marchase sin terminar unos trabajos. Me ha sorprendido porque, precisamente ayer, me dijo que no eran urgentes. Le recordé que, a las ocho, unas dos horas después de acabar la jornada de trabajo suelen marcharse las señoras de la limpieza y el edificio quedaba cerrado hasta la mañana siguiente. «Creo que podrá terminarlo antes de esa hora», fue su único comentario. Asentí, aunque no estaba muy segura de ello. Trabajé

intensamente toda la tarde y al acabar miré el reloj: eran las ocho menos veinte. Me disponía a marcharme cuando entró con una capucha negra que sólo le dejaba ver los ojos y la boca, un sueter negro de cuello alto, pantalones de pana, también negros y enguantadas las manos. Empuñaba una pistola con la que me apuntaba. «Serénese, señorita —su voz era gangosa— nada le sucederá si me obedece». El miedo y el asombro me paralizaron y no le reconocí en el primer instante. «¿Está dispuesta a obedecerme?» Asentí sin estar segura de lo que decía. «Salga al pasillo, deje la puerta abierta para que yo pueda observarla, llame al vigilante y dígale que ha terminado y que se marcha, que dentro de quince minutos puede cerrar, que usted es la última persona que queda en la oficina. No haga un solo movimiento extraño y repita, una a una, las palabras que le acabo de decir. No intente nada que pueda hacerle sospechar que sucede algo anormal. ¿Comprendido?» Volví a asentir con la cabeza. Con un movimiento de la mano que empuñaba la pistola, me ordenó que hiciera lo que había indicado.

Dejé entreabierta la puerta y llamé al vigilante. Sus pasos, por la mullida alfombra, sonaron suaves y amortiguados. El breve sonido de su sincopado andar —es algo cojo de la pierna izquierda— se materializa como si se tratase de una argolla a la que podría asirse mi salvación. «¿Todavía aquí señorita?» «Ya he terminado. Calcule unos quince minutos que tardaré en salir y cierre». «Hasta mañana, señorita».

El encapuchado me miraba por la entreabierta puerta y creí que no podría acallar los latidos de mi corazón, que, necesariamente tenía que oírlos, que era imposible que no me delatasen. Pero, no; no sonaban. Sólo mi pecho parecía a punto de estallar. «Ahora salga, y compruebe si todavía sigue en el pasillo el vigilante. Hágalo distraídamente, con indiferencia. Entre, después, en el baño que hay enfrente de esta puerta. Mire el reloj, calcule dos minutos y tire de la cisterna del water. Procure dejar las puertas

abiertas para que pueda oírse el ruido del agua. Salga después y deténgase unos instantes en la puerta. Allí le diré lo que debe seguir haciendo». Cumplí sus órdenes minuciosamente. El esfuerzo que hice para no cometer ningún error y no olvidar ningún detalle, hacía que las sienes me golpearan... «En el baño que hay enfrente»... «En el baño que hay enfrente»... La puerta está disimulada con el mismo tapizado que las paredes, y sólo una persona que conozca muy bien las oficinas puede saber que... ¡Y no hubo vacilación en indicarme el lugar exacto!... Por primera vez encontré algo conocido y familiar en aquel hombre enmascarado y mis temores crecieron. «Si conoce a la perfección las oficinas también tiene que conocerme»... Salí al pasillo mientras el sonido de la cisterna sonaba amortiguado por la gruesa tapicería que cubre las paredes. Me está esperando a la puerta del despacho: «Vaya hasta el ascensor y pulse el timbre de llamada. Cuando compruebe que ha llegado, abra la puerta y pulse, nuevamente, el botón para que baje. ¡No se le ocurra intentar entrar en él! Sé que la puerta se abre de derecha a izquierda. Sitúese a un metro de ella y cuando oiga como el ascensor desciende, regrese aquí silenciosamente. No olvide que le estoy apuntando y que una bala será siempre más rápida que cualquier movimiento suyo». Por un instante ha olvidado ahuecar la voz y su tono ha sido natural. Mientras camino hacia el ascensor, la sorpresa me hace vacilar, mis piernas se ablandan, incapaces de sostenerme. «¡Es él, es él, es él! Pero, ¿cómo es posible que se le haya ocurrido una locura semejante? ¡Si parecía un hombre incapaz de...!» Creo que la suerte me acompañó ya que si en vez de caminar de espaldas a él lo hubiera hecho de frente, cara a cara, hubiera advertido en mi rostro que le he reconocido. Procuro dominarme. Cumplo sus órdenes. Cuando el sonido del ascensor indica que está descendiendo, me vuelvo hacia él que espera en la puerta del despacho y le indico, con un gesto, que he cumplido cuanto me ordenó. Con la mano que sos-

tiene la pistola, me pide que regrese. «Relájese... No quiero hacerle daño». Vuelvo a acomodarme en el sillón y quedo silenciosa.

Ha transcurrido media hora en la que he notado —estoy fingiendo dormir— que ha hecho grandes esfuerzos por hablar. De cuando en cuando, ha movido la cabeza como negándose a sí mismo. Creo que mi aparente serenidad, la falta de emoción que muestro, le tiene desconcertado. ¿Qué esperaba de esta situación? Y, sobre todo, ¿qué busca, qué pretende? Hasta este momento se ha limitado a conseguir que nos quedemos solos en el edificio. ¿Qué hará ahora? De repente, recuerdo: ¡El dinero de las nóminas! Eso es: robar, robar es el móvil. Sin embargo debiera saber que tendrá que llevarme al despacho de al lado donde está la caja fuerte, y —¡de esto sí estoy segura!— ni intentará ni podrá descerrajarla. Tendrá que recurrir a un sistema mucho más elemental y sencillo: pulsar la combinación que conoce, introducir la llave que posee y abrirla tranquilamente, y esta operación lo delatará ante mis ojos. ¿Cómo no ha pensado en ello? O, por el contrario, ¿lo tiene meditado? Entonces, ¿qué significa esta farsa?

La cabeza comienza a dolerme. Tengo una atroz necesidad de tomar algo frío ya que la tensión ha dejado seca mi garganta. Inconscientemente, abro los ojos y noto su mirada penetrante fija en mí. Hay una estudiada ironía en el brillo de sus pupilas. «¿Ha dormido o ha estado pensando?» Espera una respuesta. Disimular me serviría de poco. «Las dos cosas». «Si no me miente, tendré que felicitarla por su sangre fría». No respondo. Nada debo ni puedo responder. Pero mi lengua rastrea los labios resecos y él comprende. «¿Tiene sed?» Afirmo con la cabeza. «No existe ninguna razón para que la tenga que someter a pequeñas molestias». Vacila unos instantes. «Hay una máquina con refrescos al final del pasillo —disimula—, la he visto... al pasar». Vuelvo a estar a punto de delatarme y decirle: «La conoce muy bien.» Parece estar adivinando mis pensamientos. ¿Los adi-

vina realmente? No, creo que no. Me estoy sugestionando y creyéndole más sagaz de lo que realmente es. Una persona inteligente no hubiese obrado como lo está haciendo, en vez de encerrarse con un probable testigo, lo hubiera hecho solo. Conoce a la perfección las oficinas: ocultarse le hubiera sido fácil. Por la mañana, al verle salir, ni siquiera el portero se hubiese sorprendido. Si lo que busca es el dinero, lo podría hacer cómodamente en un maletín sin despertar sospechas. Han sido muchas las veces que por tener que emprender un viaje de negocios, ha venido a la oficina con un maletín, y teniendo en su poder las llaves de la caja, con dejarla cerrada después de robarla hubieran tardado horas, acaso todo un día en darse cuenta. Solamente cuando su ausencia comenzara a ser sospechosa hubieran tomado alguna medida. Si necesitaba ganar más tiempo, con sólo telefonear a últimas horas de la mañana diciendo que estaba enfermo, ganaría el suficiente para huir, incluso para salir fuera del país. ¿Por qué, entonces, provocar mi presencia aquí? Porque, evidentemente, era esa su intención cuando me pidió que terminase el trabajo.

«¿Sigue teniendo sed?» Vuelvo a afirmar con la cabeza. «Beberemos algo, nos ayudará a soportar la espera. Salga delante de mí». Se palpa los bolsillos del pantalón. «¿Tiene unas monedas?» Voy en busca del bolso que he dejado colgado en el perchero, junto al abrigo. «No cometa ninguna tontería». Disimulo una sonrisa mientras pienso: «Juega otra vez a hacerse el duro». Y empiezo a intuir por qué ha hecho todo esto: es un hombre tímido, incapaz de destacar en nada, sumido a las órdenes de sus superiores, con el busto doblado por la genuflexión y la palabra acostumbrada al halago. Siempre me ha mirado con un respeto no exento de admiración y deseo, sus ojos, ascendiendo siempre desde mis piernas hasta el pecho, han estado recortados por la represión. Es un hombre solitario, soltero, cincuentón, cuya vida no ha tenido otros horizontes que el trabajo y la mediocridad. Solamente en una ocasión, durante la fiesta

anual que nos da la empresa por Navidades, se atrevió a insinuarme que le gustaría salir conmigo. No le hice caso y una carcajada fue mi única respuesta. Esto debió dolerle, humillarle, herirle en su pequeñez. No volvió a dirigirme la palabra durante toda la fiesta y creo que, probablemente, por no volver a encontrarse con mi carcajada, la abandonó.

Comienzo a estar segura de lo que hará, dentro de un par de horas se quitará el capuchón y me mirará orgulloso, diciéndome: «¿Ve lo que soy capaz de hacer? Creía que era un pobre hombre, pusilánime y sin valor. Esto lo he hecho por ti». Y se sentirá crecer y agigantarse. Luego me pedirá que huyamos juntos, que escapemos con el dinero donde nadie pueda encontrarnos y... No. Esto es una divagación sin sentido, lo único que puede pretender es vengarse de la discriminación que siempre ha tenido que soportar en la empresa, de la ignorancia y el desprecio que he mostrado hacia él. Puede que la desesperación haya sido la causa de esta estúpida aventura en la que se ha metido y me ha envuelto.

Creo que seré capaz de dominarle en cualquier situación, si no pierdo la serenidad. Le prometeré cuanto me pida, me insinuaré a él y no podrá resistir, por única vez en su vida, la tentación de sentirse admirado. ¿Para qué otra cosa ha planeado esta farsa?

¿Y si le diera a entender que le he reconocido? Al principio creí que la única posibilidad que tenía de salir con vida era fingir lo contrario, ahora no estoy segura de que sea eso lo más eficaz. Pero no hacer nada puede ser lo más prudente, dejarle, como hasta ahora, que sea el que lleve la iniciativa, fingir sorpresa continuamente y no provocarle inquietud.

«¿Sigue teniendo sed?» Desde que ha pronunciado esta frase han transcurrido unos segundos que he empleado en buscar el bolso. Intento abrirlo. Con una agilidad sorprendente, en un silencioso brinco, me lo arrebata de las manos. Se separa algo así como un metro de donde me encuentro y, sin dejar de apuntarme con la pistola, abre el bolso y lo vacía so-

bre el sillón. Esparcidos en el asiento caen esos objetos múltiples y conocidos que todas las mujeres llevamos en el bolso: lápiz de labios, pañuelo, agenda, monedero, frasquito de perfume, tabaco, llavero, etc. y algunas monedas que ignoraba que llevase sueltas ya que, siempre, las guardo en el monedero. Suspira aliviado al descubrir que no llevo arma alguna. «Es —vuelve a hablar con voz gangosa— una simple medida de precaución». Me gustaría sonreír, pero me es imposible. Su rápida y desconcertante acción ha paralizado mi gesto ya que nunca le creí capaz de una agilidad semejante. Noto cómo pierdo, de repente, la serenidad que había ganado con mis reflexiones. «Coja unas monedas y... vamos». Se separa del sillón, donde, esparcidos, están los objetos que había en mi bolso y me indica que puedo recogerlos. Me tiembla la mano mientras los devuelvo al interior. Con esa costumbre que tenemos las mujeres de ir con el bolso a todas partes, le doy a entender que estoy dispuesta a salir. «No, con el bolso, no; déjelo encima de la mesa y coja sólo las monedas que vaya a necesitar». Teme que pueda rebelarme, que aprovechando un leve descuido le arroje o golpee con el bolso la mano que empuña la pistola. Pese al nerviosismo que vuelve a apoderarse de mí, no dejo de tener un pensamiento de admiración por el dominio que demuestra de la situación.

Salgo al pasillo seguida de cerca por él. La certeza de que el cañón de la pistola apunta a mi nuca me hace sentir un escalofrío como si el frío metálico de la bala me rozase antes de ser disparada. De espaldas a él me siento indefensa, vacilo, estoy a punto de resbalar y caer. Siento deseos de volver la cabeza y mirarle a los ojos. No me atrevo. Recuerdo el salto felino que dio cuando intenté abrir el bolso, y temo otra reacción violenta al más leve y extraño movimiento... Cinco, seis, siete pasos, no deben faltar más para cruzar por la puerta de su despacho donde está la caja de caudales. Desde aquí veo la puerta entornada, entreabierta. Es una tentación. ¿Qué sucedería

si con un brusco movimiento me deslizase hacia la derecha, entrara rápidamente y cerrara la puerta? ¡Al menos, descubrir de una vez cuáles son sus verdaderas intenciones! Cinco pasos, sólo deben faltar cinco pasos, cuatro, tres, dos... Me voy acercando cautelosamente a la pared, casi la rozo con el codo... Un poco... solamente un poco más y... ¡salto hacia la derecha, logro cruzar la puerta!... Intento cerrarla con todas mis fuerzas... No le ha sorprendido mi reacción, la esperaba. Con el cañón de la pistola, apalancado entre el marco y la puerta, impide que ésta pueda cerrarse. Apoyo mi cuerpo, arrojo todas mis fuerzas contra la puerta. A la izquierda, desviado, apuntando, contra la pared, exactamente hacia el cuadro que cuelga en ella, está el cañón de la pistola. Estoy fuera de su punto de mira. Pero mis fuerzas fallan... Un brusco empujón y salgo despedida hacia el centro de la habitación. Ante mi sorpresa y terror, nuevamente, la figura enlutada y la pistola implacable... Intento, desesperadamente, refugiarme ante la amplia mesa de despacho. Veo un instante —¡solamente un instante!— la abierta puerta de la caja de caudales... Me deslizo, presa del pánico, hacia lo que considero mi salvación momentánea: la mesa...

* * *

Fue como si de golpe se le hundiera el suelo bajo los pies. El horror, la angustia, la desesperación la inmovilizaron. Al refugiarse tras la mesa, había chocado contra un cuerpo allí caído. Su cara quedó junta, unida a la de aquel hombre; el frío de la muerte, la rigidez del cadáver se le adentraron por las mejillas, mientras su boca, desorientada y enloquecida sentía el sabor dulzón del hilillo de sangre que manaba —todavía manaba— de la comisura de los labios.

Al intentar apoyarse en algo impreciso, nota como sus manos palpan el mango de un cuchillo y como éste se hunde, más, todavía más, como si fuese ella quien confirmara una sentencia de muerte y se hi-

ciera brazo ejecutor de aquel asesinato. Los ojos, agrandados por el espanto, recorren la cara de aquel hombre, más insignificante ahora en su muerte que lo había sido durante su vida: la cara rígida del señor Sevial, su jefe.

Al incorporarse para huir del pegajoso contacto de aquel cuerpo, frente a ella, estaba la figura enlutada del enmascarado, terrible, implacable, irremediablemente fatal.



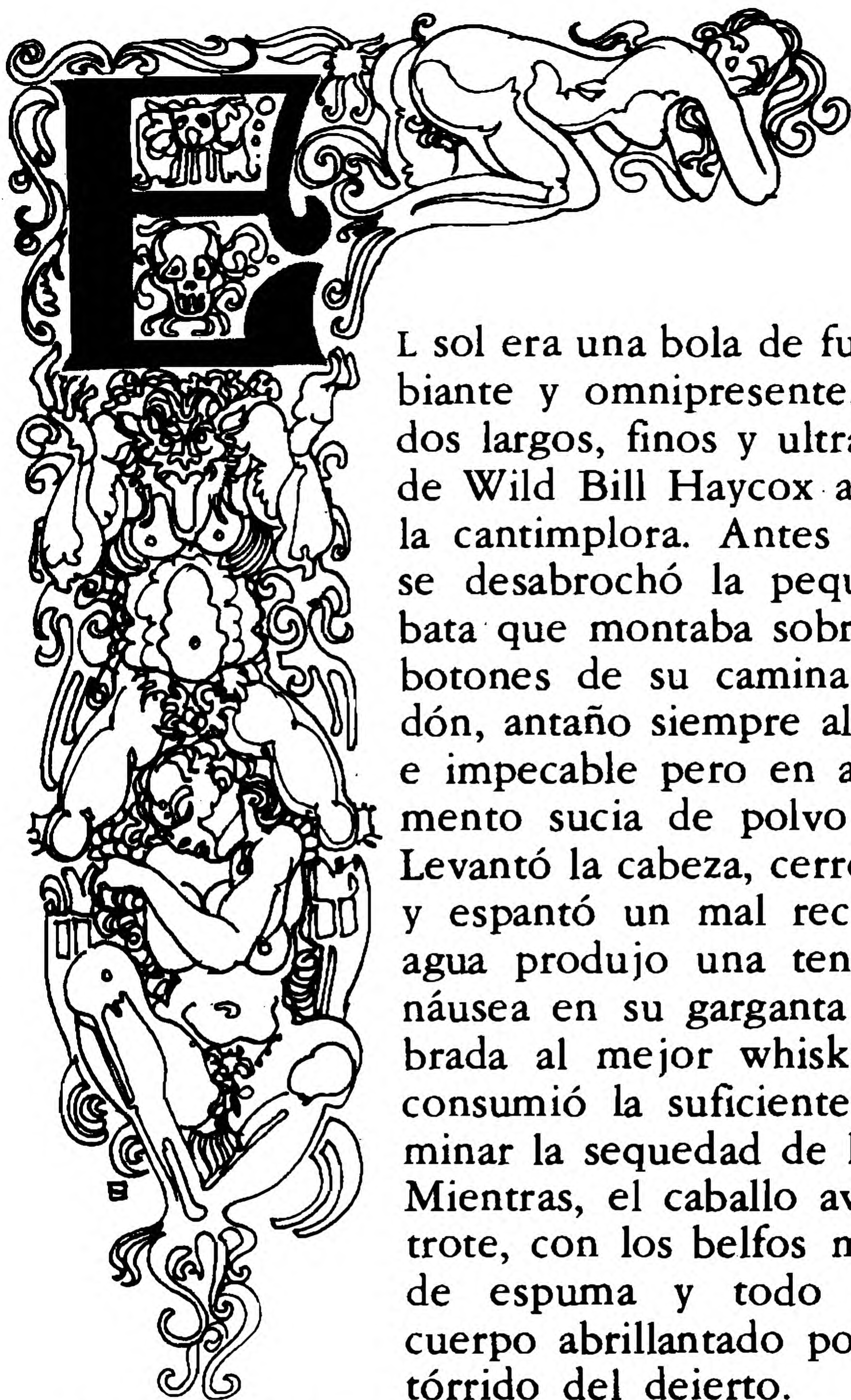



68 veces
cobarde

68 veces cobarde

Manuel Yáñez

«... Que dieciséis tahures lleven mi ataúd./ Seis guapas chicas me canten una canción./ Llevadme al valle y cubridme de terrones./ (...) Tocad suavemente el tambor y muy bajo el pínfano./ Que esta marcha fúnebre me acompañe.../ Y poned unas rocas sobre mi sepulcro».



L sol era una bola de fuego, agobiante y omnipresente. Los dedos largos, finos y ultrasensibles de Wild Bill Haycox alcanzaron la cantimplora. Antes de beber se desabrochó la pequeña corbata que montaba sobre los dos botones de su camina de algodón, antaño siempre almidonada e impecable pero en aquel momento sucia de polvo y sudor. Levantó la cabeza, cerró los ojos y espantó un mal recuerdo. El agua produjo una tentación de náusea en su garganta acostumbrada al mejor whisky, y sólo consumió la suficiente para eliminar la sequedad de los labios. Mientras, el caballo avanzaba al trote, con los belfos manchados de espuma y todo el negro cuerpo abrillantado por el calor tórrido del deierto.

Jinete y montura ya no componían la estampa del arrogante centauro a cuyo paso las gentes de paz corrían a esconderse en los rincones más seguros de sus casas, a la vez que los indeseables asomaban sus rostros de buitres y sus risas de hienas para demostrar el servilismo que les unía al pistolero, cuyos *colts* del 38, especialmente ajustados a las habilidades de su propietario, habían dado muerte a 68 personas.

En aquel territorio todo carecía de pedestal humano, debido a que el polvo, la temperatura y un océano de tierra y rocas peladas sólo admitían la lucha más desesperada por la supervivencia. Por eso el pistolero de cuarenta y nueve años llevaba un mapa, una brújula y las suficientes provisiones. Sin embargo, sus ojos de halcón mostraban unas bolsas que evidenciaban la falta de descanso físico y mental, el rostro tallado con escoplo adquiría una superior perversidad debido a una barba de tres días y la línea de la boca, blanquecina y apretada, no necesitaba convertir en palabras el anuncio del veneno que encerraba.

Buscó alguna zona de sombras en el terreno pedregoso por el que iba a adentrarse. Tiró de las riendas con crueldad, para arrancar a su caballo de una imposible somnolencia y llegó a donde quería en una rápida cabalgada. Luego, saltó al suelo, sujetó a la bestia en una pared rocosa, cogió las alforjas y marchó en busca de su descanso. Pero fue incapaz de dormir y de liar un cigarrillo. Debió convencerse de que no ejercía ningún dominio sobre su cerebro. Hacía tiempo que le temblaban los nervios igual que a un alcoholizado.

Se mordió los labios, cerró los puños hasta clavarse las uñas en las palmas, estiró las piernas y se dijo que él era un hombre de temple acerado. De pronto, como respuesta, su mente quedó inundada por una sonrisa delgada, cínica y desafiadoramente juvenil, a la vez que ensordecía sus oídos el recuerdo de un grito:

«¡El viernes, a las doce y treinta, te espero en la calle principal de Canyon River! ¡Viejo, procura entrenar tus dedos y engrasar esos *colts* del 38, porque yo, Sam Ballard, me he propuesto heredar tu negra fama!»

Antes, más de 30 hombres de todas las edades habían pretendido lo mismo. Pero aquel coyote tejano era distinto a todos, porque exultaba juventud, se leía en sus ojos que no temía a la muerte, y las muescas de sus revólveres proclamaban que había quitado la

vida a una docena de pistoleros. Wild Bill le tuvo miedo, por eso se encontraba en el desierto, huyendo por primera vez en su vida. Quizás esa fuera la causa que inquietaba su ánimo y le impedía conciliar el sueño, o ¿acaso tuvieran la culpa las pesadillas nocturnas que venían acosándole desde hacía varios meses.

Todo debió comenzar aquella mañana que se despertó con los dedos pulgar e índice de la mano derecha casi agarrotados. No pudo creerlo. A lo largo de una hora de maldiciones y temblores, se vio bajo la evidencia de la edad y de los excesos a los que había sometido a su cuerpo. Más tarde, marchó en busca del médico, al que obligó con el cañón de un *colt* del 38 a que le dijese qué significaba aquella dolencia.

—Es una pequeña artrosis —diagnosticó el viejo galeno—. Sumergiendo la mano en agua caliente y con esta pomada recuperará la movilidad de sus dedos. Pero le aconsejo que no vuelva a probar el alcohol...

—¿Puedo confiar en que no contará a nadie esto, «matasanos»? —preguntó amartillando una de sus armas.

—Se lo juro... Créame... Yo nunca he sido su enemigo, míster Haycox...

Seguidamente, el pistolero se sometió a un régimen de enclaustramiento, hasta que se convenció de que su diestra volvía a ser como siempre. Y el primer día que pudo reanudar su vida normal, se cuidó de comprobar si el «matasanos» se había ido de la lengua. Terminó sabiendo que todos creían que su ausencia obedecía a algún viaje; no obstante, aquella misma noche, se encargó de meter dos balas en la barriga al tipo que poseía una información demasiado peligrosa.

El dueño de los «dedos más rápidos del Far-West» pagaba así los favores que se le hacían.

Un escalofrío le obigó a abandonar los recuerdos. La temperatura del desierto había descendido exageradamente por culpa de la noche. Se incorporó mi-

rando a la luna menguante, dispuesto a proseguir la marcha. Desató al caballo, subió a la silla de montar y clavó las espuelas. Durante unos veinte minutos se sometió a una rápida cabalgada, como si pretendiera escapar de su propia conciencia. Pero éste era un empeño imposible.

Repentinamente, tiró de las bridas con fuerza, obligando a que su montura se alzara sobre las patas traseras, y se quedó atónito. Una muda maldición entreabrió sus labios y sus ojos expresaron el asombro impropio de un *poker-face.* Intentando tragar una saliva inexistente en su boca reseca, extrajo el mapa del bolsillo interior de su chaqueta negra, donde también acostumbraba a llevar la ventaja de un diminuto *Patterson* del 34, encendió una cerilla y buscó su exacto emplazamiento en el desierto. Pero no halló lo que buscaba: ¡allí jamás se había encontrado ningún pueblo!

Entonces ¿por qué él estaba viendo un conjunto de casas, un depósito elevado de agua, una iglesia y dos *saloons.* Las siluetas de los edificios eran perfectamente identificables.

Wild Bill Haycox apagó el fósforo cuando estaba a punto de qemarse los dedos, y encendió otro para ver la hora en su reloj de cadena: las cuatro de la madrugada... ¡Pero en aquel núcleo humano bullían en multitud las luciérnagas de las ventanas y de las lámparas de los porches!

—Quizá sea un pueblo minero de los que crecen y se llenan de vida antes de que se enteren los que hacen los mapas —se dijo no demasiado convencido—. Voy a comprobarlo...

Esta vez prefirió dejar de clavar las espuelas en los flancos de su caballo. Se limitó a impulsarlo con las bridas, para que se moviera a un trote lento, cansino. Porque no era curiosidad el impulso que le movía a aquel lugar, sino una especie de magnetismo irresistible: el mismo que le obligaba en su juventud a buscar a ciertas mujeres: ¡en efecto, era esta misma pasión esclavizadora!

«¿Qué voy a encontrar ahí... si mi instinto parece estarse metiendo en un fuego que yo... tenía por olvidado?», se preguntó sin dejar de avanzar, sintiéndose muy inquieto.

Sus nervios nunca pudieron ser totalmente de hielo. Siempre había matado arrastrado por la carencia de piedad del asesino al que le aterroriza su propio miedo. La inexpresividad de su rostro, su rígida forma de andar, su vestuario y los revólveres que relampagueaban en las cartucheras que se mantenían atadas más abajo de los muslos y muy cerca de las rodillas habían sido una máscara. ¡Una máscara que había llevado puesta durante más de veintiséis años!

Antes de entrar en aquel pueblo, le llegaron a los oídos las amargas estrofas de la balada *The Cow-boy's Lament:*

«... Que dieciséis tahures lleven mi ataúd./ Seis guapas chicas me canten una canción. Llevadme al valle, cubridme de terrones./ (...) Tocad suavemente el tambor y muy bajo el pínfano./ Que esta marcha fúnebre me acompañe.../ y poned unas rocas sobre mi sepulcro».

Wild Bill Haycox se sintió singularmente aludido, y un escalofrío recorrió su columna vertebral en un asalto estremecedor que le forzó a tensarse sobre la silla de montar. Al mismo tiempo, a sus fosas nasales llegaron los olores característicos de la cerveza fresca, del whisky de cinco centavos el vaso, del champagne de veinte dólares la botella, la brillantina y el «fijapelo» de los camareros y los sensuales perfumes de las bailarinas: amalgama que terminó por fundirse en un solo aroma: acre, dominante y preñado de recuerdos que él no supo, en aquel preciso instante, valorar con exactitud.

Inmerso en este cúmulo de sensaciones, fueron sus ojos los que empezaron a captar figuras de personajes que le resultaban conocidos, a pesar de que no consiguiera saber dónde los había visto. Por último, resultaron tantos que le invadió la idea de que la presencia de todos aquellos conocidos («¿qué maldita casualidad los ha reunido aquí... y cómo ninguno de

ellos me resulta un extraño?») obedecía a una decisión que él debía respetar.

Durante uno segundos pensó en escapar de aquel pueblo, pero ni siquiera detuvo la marcha de su caballo.

Repentinamente, en una aparición más reveladora que una lámpara de petróleo al ser encendida en una habitación a oscuras, se encontró frente a Mavis Bleeke, «la reina de Dodge City», que se exhibía tan lozana, desafiadora y hermosa como en 1872... ¡Si hacía diez años que él mismo la había estrangulado con sus propias manos!

Ya no había ninguna duda: aquel pueblo, que no estaba señalado en el mapa, pertenecía a los muertos. Porque eran muertos los hombres y las mujeres que le contemplaban desde los porches... ¡Y a todos él mismo los había arrebatado la vida!

¡Sí, allí estaban Sandy, el *croupier* de faro en el *Harper's Saloon* de Dodge City; Russell, el jefe de estación de Abilene; Horace, el propietario del *White Hotel* de Missouri Flates; Eilley, la rolliza pianista del *Comstock Sallon* de Virginia City, y todos los demás... hasta totalizar 68 cadáveres!

Jamás había llevado la contabilidad de las personas que había asesinado ¡pero supo que ninguno de ellos faltaba a aquella cita macabra, incomprensible!

Entonces sí que descarnó los flancos de su caballo con las espuelas; a la vez, desenfundó uno de los *colts* del 38, y comenzó a disparar contra la fila de los que habían sido espectadores de su entrada en aquel maldito pueblo. Su demencial pretensión era volver a matar... ¡a los que ya debían estar bien muertos!

Al instante se dio cuenta de que estaba malgastando las balas, debido a que las gentes habían desaparecido, lo mismo que los ruidos, las luces y los olores. Todo parecía que jamás hubiese existido: se encontraba en una población desierta y silenciosa.

—¡¿Qué ocurre aquí...?! —aulló con toda la fuerza que le proporcionaba su cólera de hiena racional, negándose a aceptar la locura. De pronto se tragó el

deseo de seguir convirtiendo en gritos su protesta desesperada, pero no supo contener esta pregunta—: ¿Acaso ha sido uno de los espejismos del desierto? Pero... ¡Deténte, bestia maldita!

A pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió dominar a su montura hasta unas dos millas del pueblo, ya que la había encabritado con el estrépito de los disparos y con las heridas originadas por las espuelas. Luego, se dio cuenta de que todo su cuerpo estaba empapado de sudor. Realmente se había sentido aterrorizado.

—¡No... no! ¡Yo jamás he conocido el miedo... y mucho menos el terror...! ¡Sólo han sido unas visiones... Estoy cansado, llevo dos días sin dormir y mi cabeza no me funciona demasiado bien... si no duermo lo suficiente!

Sin embargo había tenido que volver a gritar para conseguir autoconvencerse de que sus deducciones obedecían a la realidad más auténtica. Acto seguido, negándose a volver por los derroteros mentales que podían conducirle al reconocimiento de su cobardía, se dirigió hasta aquel grupo de edificaciones, que ya, definitivamente, parecían desiertas, abandonadas.

Con el ceño fruncido, los labios apretados y las manos sujetas al cinturón, en la proximidad inconsciente de las culatas de los *colts* del 38, dejó el caballo atado a la barra del porche del hotel, empujó la puerta de cristales y entró en un lugar sumido en la penumbra. Sobre el mostrador de recepción vio una lámpara de petróleo. La cogió sin mucha confanza y, en seguida, comprobó que su depósito no estaba vacío. Encendió la mecha, cuyo resplandor le permitió descubrir una inmensa capa de polvo, un sinfín de telarañas y el lógico aspecto de un lugar que llevaba muchos meses sin ser habitado.

No obstante, al mismo tiempo que liberaba un soplido de tranquilidad, le llegó un hedor a tumbas, a cementerio en el que los cadáveres no hubiesen sido enterrados a la suficiente profundidad. Pero este retorno de la pesadilla fue muy breve, casi una intui-

ción o una secuela de lo que había sufrido recientemente. Así que le resultó fácil creer que no debía sentirse afectado.

Después, subió al primer piso. Las viejas maderas crujieron bajo sus botas, de unas rendijas brotaron las veloces sombras gordonzuelas de dos ratones y sobre la campana de luz pasaron unos murciélagos. Wild Bill Haycox empezó a silbar *O Bury me not en the lo prairie («No me enterréis en la pradera solitaria»)*, aunque se negaba a aceptar que estaba asustado. En la primera puerta que abrióse encontró una cama de metal dorado, de alta cabecera en la que parecían reír unos angelotes desnudos columpiándose en unas guirnaldas de flores y frutas, y que contaba con todo su equipamiento para echarse un buen sueño.

«¿No es mejor esto que dormir en el suelo?», se preguntó el pistolero.

Retiró la colcha tejida con hilos dorados, rojos y amarillos, y se encontró con una manta que al presionarla no despidió polvo. Sonriendo abrió la ventana, para remover la atmósfera, dejó la lámpara de petróleo en un pequeño aparador, se quitó las botas y el cinturón canana —un chispazo de indecisión le asaltó al realizar este acto, aunque tardó muy poco en despreciarlo—, y se echó en el lecho que le estaba aguardando. Casi al instante se vio apresado por una extraña somnolencia, que achacó al agotamiento.

Pero se dio cuenta de la inusitada titilación de la llama apresada en la campana de cristal, y que una casi olvidada sensualidad enervaba todos los poros de su piel y ponía en fase de tensión todos sus músculos. Entonces, en el rectángulo de la puerta, casi en las sombras, apareció una mujer semidesnuda —sólo llevaba una gasa imperceptible sobre la subyugante hermosura de su cuerpo—. No debía contar más de veinte años, lucía una impresionante cascada de cabellos rubios, sus pechos se asemejaban a dos grandes pomelos que hubiesen adquirido la facultad de vibrar y de rectarse, su cintura era una completa tentación para unas manos que llevaban meses sin palpar la

provocación de una hembra, sus móviles caderas encerraban la gracia de las más apetitosas bailarinas de San Francisco, y en el horno de su pubis crecía la miel y el oro en un triángulo de vellosidad que emanaba efluvios de paraíso.

Claro que Wild Bill Haycox nunca había sido un poeta; sin embargo, en aquel preciso instante, su sexualidad fue capaz de llegar a las cimas de la pasión, a la zona más alta, donde se acaba la posibilidad de seguir ascendiendo. Y por eso, cuando abrazó a la diosa, sus genitales eran un géiser de semen... ¡Un semen que se le quedó petrificado, mientras sus testículos se volvían unas bolas vacías, disecadas, al descubrir que tenía entre sus brazos a un cadáver putrefacto!

La cascada de cabellos se había convertido en unos repelentes colgajos que aún se sostenían en los escasos restos de piel que quedaban en el cráneo; los pechos no existían, aunque sí ocupaban su lugar unas protuberancias agusanadas; la cintura sólo se hallaba formada por una carne podrida, devorada por la infección purulenta; y las caderas ya nada más que eran los huesos completamente descarnados; pero el pubis se conservaba intacto, como queriendo demostrar que se resistía a la cangrena, porque había sido la única «herramienta de trabajo» de la que fue, en vida, Rosa O'Leary, o la «Rosa de Topeka».

El pistolero intentó librarse de aquella carga macabra. El terror le enloquecía. Sus brazos, sus piernas y todo su cuerpo se entregaron a la lucha; a la vez, no cesaba de aullar sonidos ininteligibles. Pero aquella boca, de labios destrozados por una especie de lepra, no se separaba de la suya... ¡Súbitamente, desatando una sensación insufrible, tuvo la certeza de que varios gusanos estaban recorriendo la punta de su lengua!

Con el corazón al borde del infarto, las fuerzas se le multiplicaron hasta el punto que consiguió librarse del dogal que suponían los brazos infectos que le aferraban; sin embargo, no escapó a la inmensa náusea, aunque había conseguido liberar sus labios de la mor-

tal ventosa, por eso comenzó a vomitar y a escupir durante largos minutos.

Sometido a esa reacción, le fue imposible darse cuenta de que la estancia se había llenado de espectros, de cadáveres animados de movimiento y que ofrecían todas las alteraciones que en sus carnes y en sus pieles, así como en sus ropas y en sus mortajas, habían causado el tiempo y la putrefacción. No obstante, a todos ellos los pudo identificar cuando levantó la cabeza, se le desencajaron los ojos y el terror le reveló que sólo debía aceptar una verdad: ¡esa que tenía delante!

—¿Por qué...? —susurró entre las babas biliosas que aún escurrían de sus labios.

Como respuesta se vio atrapado por las manos —sólo eran huesos— de Herb Nestor, el recepcionista del *Wichita Hotel,* por las de Dave Fowler, el conductor de la diligencia que cubría la línea Topeka-Independence antes de que llegase el ferrocarril, y por las de Robert E. Riegel, el periodista del *The Tulsa Telegraph.* Eran auténticos esqueletos, pero el pistolero pudo identificarlos como si llevaran sus nombres escritos en el brillante y liso frontal de sus cráneos.

Ya no peleaba, ni protestaba. Porque todo él era un temblor, un agónico estertor imposible de transformarse en un sonido audible. Se vio sacado de la habitación igual que si fuera un colgajo inerte. Carecía de fuerzas para sostenerse, se le habían vaciado los intestinos —los excrementos y la orina le escurrían por las piernas dando prueba de su cobardía—, y nada más que era una consciencia aterrorizada, que ni siquiera poseía el derecho a alejarse de lo que estaba ocurriendo dando un salto hacia la locura o la amnesia...

Parecía que era locura todo aquello que le rodeaba y le dominaba; al mismo tiempo, sus rodillas golpeaban contra los viejos peldaños de la escalera, su cabeza se le vencía sobre el pecho, esa baba de epiléptico en trance seguía manando de sus labios, y se iba

dando cuenta de que cada vez eran más los cadáveres vivientes que le arrastraban.

El macabro recorrido finalizó en el comedor del hotel. Le pusieron de pie, apoyándole contra la pared. Y así pudo ver el lugar que había sido convertido en una espeluznante sala de juicios. Quiso cerrar los ojos, para hallar refugio ante tanto horror, y los párpados no le obedecieron... ¡Porque allí se encontraban, nuevamente, sus 68 víctimas, y todos le estaban mirando a pesar de que la mayoría no contaban con globos oculares en sus calaveras!

Presidía la mesa del presidente del Tribunal el más indicado de todos aquellos espectros hediondos y horripilantes: el juez Jeremías H. Pattie, que había sido titular del juzgado de Abilene hasta 1879. Sobre su esqueleto llevaba una toga harapienta, también putrefacta. No necesitó golpear el martillo de metal para solicitar silencio, porque allí el único sonido que se escuchaba era el que provenía de los labios temblorosos del reo: un estertor prolongado de renuncia y el castañeteo de sus dientes.

—Es innecesario que les informe a todos ustedes sobre el motivo de nuestra presencia en este juicio —comenzó a decir el muerto con una voz tan silbante como el viento al pasar por la copa de un gigantesco ciprés de cementerio, lo que no le restaba capacidad de comunicación—. Aquí falta la bandera de nuestro país, la Biblia y los abogados, tanto el defensor como el fiscal, porque todos nosotros ya pertenecemos a otro universo. Pero como nos ha devuelto con los vivos el mismo deseo de venganza, ¡hemos de obtener provecho de este molesto quebrantamiento del descanso eterno! Cada uno de nosotros debe su muerte a esta víbora humana: un asesino que ha venido engañando a todo el mundo con una ficticia leyenda de «pistolero de nervios de acero y corazón justiciero», ¡cuando todos nosotros sabemos que siempre se ha valido de la traición, de la ventaja y del engaño! ¡Porque es un cobarde!

—No... No es cierto... —balbuceó Wild Bill Hay-

cox, en una reacción que probaba la fuerza que aún le mantenía en pie.

—¿Acaso te atreves a afirmar, ante 68 testigos de cargo, que nuestras muertes fueron cara a cara y en defensa propia? —le desafió el juez-muerto.

—Obstaculizábais mi camino... de una manera o de otra... Tuve que quitaros la vida... porque suponíais un gran peligro para mí...

—¿Peligro? Ahí se encuentra tu hermano pequeño, Ralph, y tus tíos, Lorne y Harold, más allá puedes ver a Clara Star, a Lorena Hoolding y a Rosa O'Leary, «la Rosa de Topeka»... ¿Te atreves a negar que todos ellos no te amaron?

—Quisieron cambiar mi destino... imponerme sus decisiones... Además sabían demasiado de mí...

—Y los mataste para que no deformasen la imagen que te habían fabricado los escritores de esas novelitas que se venden en el Este por cinco centavos, ¡y porque eres un monstruo sediento de sangre! Creo que ya es innecesario que sigamos con el Juicio. La condena sólo puede ser una: ¡Wild Bill Haycox tendrás que enfrentarte en un duelo a muerte, sin trucos ni engaños, al joven Sam Ballard! ¡Por si lo has olvidado, te recuerdo que tienes una cita con él a las doce treinta del viernes, en la calle principal de Canyon River!

Súbitamente, se hizo un silencio inmenso, se apagaron las luces, se desvaneció el hedor a cementerio poblado de cadáveres putrefactos y la oscura soledad se transformó en una tenaza insoportable. Sin embargo, el pistolero tardó en darse cuenta de que le habían dejado solo. Luego, alzó la cabeza, sus ojos escudriñaron las sombras y, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que se encontraba en la cama. Esto le condujo a suponer que todo lo ocurrido obedecía a una pesadilla.

No obstante, saltó al suelo, se vistió precipitadamente, se colocó a conciencia el cinturón canana, después de comprobar que los *colts* del 38 seguían cargados, y salió del hotel. Una vez se encontró en el

porche, sin saber realmente por qué lo hacía, sacó de sus alforjas un *western book* (novelita del Oeste), que un editor de Nueva York venía dedicando a «las hazañas del pistolero más famoso del Far-West», y leyó la presentación:

«¡No tengas miedo! ¡No te asustes, hermosa! Ya estás a salvo en brazos de Wild Bill Haycox que está siempre dispuesto a arriesgar la vida, y a morir incluso, por una bella mujer».

Una sonrisa de vanidad se asomó a sus labios, montó lentamente en su caballo y puso rumbo hacia su responsabilidad. Estaba seguro de su victoria. Por eso ni siquiera acusó el cansancio, ni le volvió a herir el recuerdo de las terroríficas pesadillas, durante todo el largo recorrido a Canyon River. ¡Y en qué enorme envanecimiento se sumergió al comprobar la enorme expectación que le aguardaba!

En cuanto se le vio aparecer, las apuestas se situaron de inmediato en un porcentaje de nueve a uno a su favor. No obstante, se le dejó que se preparara meticulosamente, como si de un caballo de carreras se tratara. Allí se encontraban los principales periodistas del país, y hasta un famoso novelista europeo —algunos llegaron a decir que se trataba del propio Charles Dickens—, lo que suponía que la leyenda iba a cobrar un testimonio indestructible de autenticidad.

A las doce y veintiocho minutos, Wild Bill Haycox descendió por las escaleras del *Gold Saloon.* A los artistas Russell y Remington jamás se les hubiese ocurrido pintar un pistolero tan desafiadoramente arrogante. Todos los espectadores se quedaron sin habla, estupefactos. Y la parálisis general, quietos los vasos e inmóviles los dedos del pianista, permitió que resonase el tintineo de las espuelas de plata del «legendario» pistolero.

Después, bajo un sol de castigo y con un público que ni siquiera parpadeaba, los dos duelistas se situaron frente a frente. El senador Eugene Mc Parkinson se encargó de la cuenta, cuidándose de espaciar los tres números en intervalos de quince segundos exac-

tos. Sin embargo, al llegar al «dos» se produjo un desenlace inesperado, revelador...

—¡No, no... Yo no quiero morir así... Mis dedos son viejos... Jamás conseguiré desenfundar a tiempo...! —suplicó Wild Bill Haycox, arrodillándose en la ciénaga de su cobardía.

Un terremoto no hubiese causado mayor estampida humana. La fuga fue general, como si todos los presentes acabasen de descubrir que habían sido cómplices de una gran farsa. Y hasta el joven pistolero Sam Ballard abandonó la calle. Sólo los niños y los muchachos se quedaron allí, burlándose del «viejo cagón»...

Humillado y destruido, el asesino buscó un caballo, cualquiera, y se dispuso a escapar de aquel maldito pueblo. Pero, a los pocos metros, se enfrentó a las armas de sus víctimas. Los tejados, las ventanas, los porches y el suelo polvoriento se hallaban cubiertos de negros cañones de rifles y revólveres. Pero nada más que se escuchó un disparo, y el cobarde cayó a tierra abatido por 68 balas justicieras.





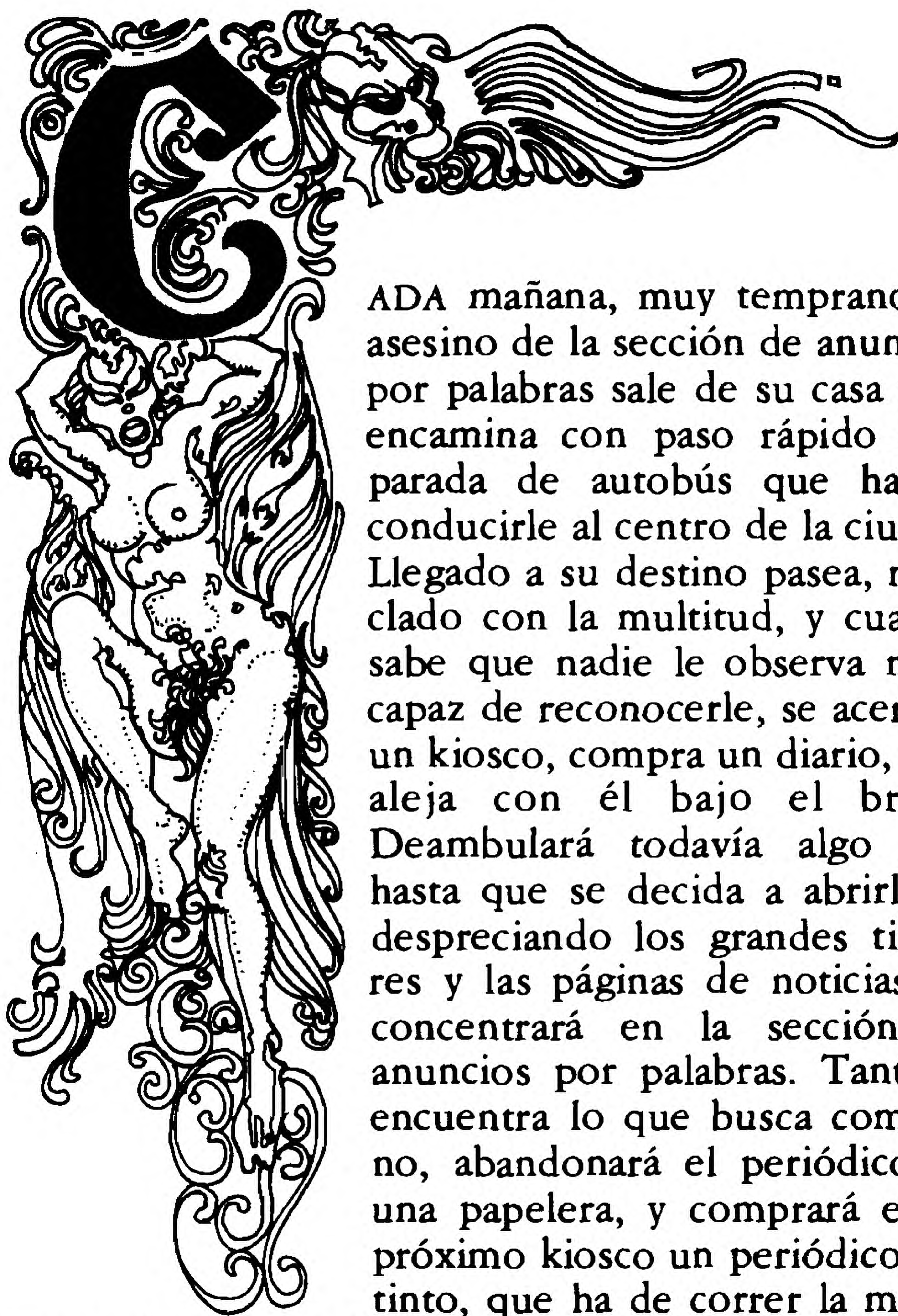
El asesino de la sección de anuncios por palabras


PRENSA

El asesino de la sección de anuncios por palabras

Alberto S. Insúa

Se trata de un profesional discreto y eficaz... Cumple su tarea a conciencia y sólo reclama su paga después de realizado el trabajo... Su discreción es impecable... ¡Y no es amigo de violencias y sangre si no es en situaciones extremas...!



CADA mañana, muy temprano, el asesino de la sección de anuncios por palabras sale de su casa y se encamina con paso rápido a la parada de autobús que ha de conducirle al centro de la ciudad. Llegado a su destino pasea, mezclado con la multitud, y cuando sabe que nadie le observa ni es capaz de reconocerle, se acerca a un kiosco, compra un diario, y se aleja con él bajo el brazo. Deambulará todavía algo más hasta que se decida a abrirlo, y despreciando los grandes titulares y las páginas de noticias, se concentrará en la sección de anuncios por palabras. Tanto si encuentra lo que busca como si no, abandonará el periódico en una papelera, y comprará en el próximo kiosco un periódico distinto, que ha de correr la misma suerte, hasta completar la serie de todos los que se publican en la ciudad e incluyen entre sus páginas una sección de anuncios por palabras, que sólo él sabe interpretar.

Los anuncios no son siempre iguales, pero él los reconoce en seguida. No ha sido fácil conseguir que sus posibles clientes conozcan su existencia y la forma de establecer el contacto. «El que no se anuncia no

triunfa» reza una vieja máxima comercial. Después de cometer su primer crimen y el más difícil de quedar impune, pues contaba con un móvil personal bien evidente, pensó en seguir matando para ganarse la vida. Pero, ¿cómo anunciar sus servicios? Cavilando, encontró una forma indirecta en combinación con una revista sensacionalista de gran tirada. Un anónimo bien pergueñado, firmado por «un hampón arrepentido», saltó a las páginas estivales entre algunas más serpientes de verano con grandes titulares: Un negocio repugnante, el de la muerte; Asesinos a sueldo; El Hampa mata por encargo; Un puñado de billetes por la vida de un hombre, etc. El reportaje incluía todo lujo de detalles e incluso modelos de anuncios.

La policía no tomó en consideración el artículo por dos razones: ninguna organización de ese tipo había sido detectada, y proviniendo la información de quien provenía no parecía fiable; pero en cambio hubo personas en cuyo cerebro quedó marcada la noticia, e hizo germinar en él una idea: que un ser humano, cercano a ellos, podía morir con el mínimo riesgo y el máximo beneficio.

Fue bien entrado el otoño cuando el asesino descubrió, perdido entre otros muchos, un anuncio que podía estarle dirigido. Utilizó para el contacto el mismo método que usa ahora ante un anuncio similar.

Es una persona de gran memoria visual. Antes de tirar el diario su cerebro toma nota de un número de teléfono y lo va repitiendo de forma obsesiva mientras se aleja. Andará muchas calles hasta encontrar una cabina aislada, y sus manos ágiles, calzadas con guantes de finísimo cuero, introducirán las monedas, descolgarán el receptor y marcarán en el disco las cifras memorizadas. Esperará hasta escuchar la voz de su posible cliente, y la suya, neutra e irreconocible, musitará apenas un par de docenas de palabras.

—He leído su anuncio. Soy la persona que busca. Mi tarifa es... (y aquí señalará una cifra no excesiva-

mente abultada que varía de año en año con la inflación). Sólo necesito el nombre de la persona y su dirección. Piénselo. Volveré a llamar dentro de una hora.

Sin esperar respuesta colgará. Luego se alejará rápidamente. El ferrocarril subterráneo le llevará al otro extremo de la ciudad. En una nueva cabina repetirá la llamada. Pueden suceder dos cosas: que se haya equivocado al valorar el anuncio, o que, efectivamente, el cliente demandaba sus servicios. En el primer caso, una voz sorprendida pedirá, inútilmente, explicaciones; recibiendo por toda réplica el corte de la comunicación. En el segundo, la respuesta llegará lacónica:

—De acuerdo se trata de...

Dando lugar a una réplica también concisa:

—Prepare el dinero. Tendrá noticias mías dentro de una semana.

Ese plazo de tiempo le permitirá localizàr a la persona señalada y preparar su trabajo. Una tercera llamada fijará el día y la hora. Aunque eso es competencia del cliente, el da todo tipo de facilidades para que se cubra las espaldas y prepare una coartada perfecta.

Puntualmente, realiza el encargo. No le gustan las violencias excesivas ni la efusión de sangre, aunque a veces resulte inevitable. En general, prefiere actuar de forma que el resultado simule ser un hecho accidental.

Efectuado el trabajo, nunca antes, cobra sus emolumentos en metálico. El procedimiento de recibir el dinero suele ser complejo. Unas veces son paquetes abandonados, otras, carteras que cambian de mano en el metro, el autobús, en la aglomeración de unos grandes almacenes, o en plena calle. Su habilidad ha hecho posible el que, hasta ahora, en ninguna de estas transacciones, sus clientes hayan podido identificarle. Cobrar después tiene sus razones. Con un crimen de por medio, sólo un loco sería capaz de avisar a la policía, ya que eso equivaldría a delatarse; y es

impensable una celada; ningún policía ordenaría un crimen para luego detener al asesino. Un último dato: su sentido profesional le impide recurrir al chantaje. Una vez que el cliente ha pagado, y ninguno —por la cuenta que le trae— deja de pagar, no volverá a tener jamás noticias suyas.

* * *

La anciana señora asciende renqueante a la inmóvil cabina del teleférico y trata de instalarse lo más cómodamente posible en su interior. Sonríe. Esta aventura la ilusiona, como si fuera una colegiala. Su cara se ensombrece un momento pensando en la posibilidad del mareo. Tonterías, no tiene por qué marearse. Han sido muy amables echando en su buzón de correos una invitación para un viaje de ida y vuelta. De no ser por eso es seguro que a ella ni se le hubiera ocurrido y se habría perdido la emoción de sobrevolar la ciudad, y contemplar su panorámica aérea. Desde luego que viajar gratis añade un aliciente más a la ventura. No es que ella sea roñosa, eso no, pero no se debe gastar dinero en cosas superfluas. Claro, que la juventud es otra csa. Por ejemplo su sobrina Violeta. Gasta demasiado. A ella le resulta violento negarle dinero cuando se lo pide, pero tiene que comprenderla. Es su forma de ser. A fin de cuentas, todo será suyo, llegado su momento. Es lástima que esté de viaje y no pueda acompañarla en su bautismo aéreo. Bueno, tomará el té en la cafetería de la terminal, y al regresar el espectáculo será distinto. Habrá anochecido y verá las luces nocturnas de la ciudad.

La cabina se pone en marcha. Sola y nerviosa la anciana señora siente de repente un cierto vacío en el estómago. Pasa bastante tiempo hasta que se atreve a mirar hacia abajo.

La anciana señora está de nuevo en la cabina, dispuesta a iniciar el viaje de vuelta. Está contenta. La merienda no ha sido cara y no se ha mareado. Como

esperaba, ya ha anochecido. La puerta de la cabina se abre. Una figura cubierta con un abrigo oscuro, sombrero, bufanda, guantes y gafas negras se instala frente a ella. Bueno, va a tener compañía. Sonríe a su oponente, y éste le devuelve el saludo con una inclinación de cabeza. La cabina se ha puesto en marcha. Toma la curva de salida y lentamente comienza a alejarse del andén.

La anciana levanta la cabeza y sonríe de nuevo, un segundo antes de que la mano enguantada golpee su sien con una media rellena de arena. Al caer al suelo su estrafalario sombrero se separa de la cabeza. Sin apresuramiento, las manos enguantadas manipulan con una llave maestra el mecanismo de cierre. La puerta de la cabina se abre, y las manos, eligiendo el momento preciso, empujan el cuerpo caído que se precipita en el vacío. El sombrero de la anciana señora sigue inmediatamente el mismo camino. Luego la puerta se cierra con un chasquido.

* * *

El clic de la llave resuena en la penumbra del apartamento vacío, y la puerta se abre sin ruido, para cerrarse un segundo después. El cono de luz de una linterna recorre la habitación a media altura. Pasos quedos cruzan el salón, entran en el dormitorio, y avanzan hasta el cuarto de baño. Luego emprenden el camino de vuelta.

Mientras el baño se llena inundando el ambiente de nubes de vapor la joven muchacha reflexiona. Ha tomado una decisión y la va a mantener. Si ese imbécil se cree que puede abandonarla está listo. Ya se lo dijo el otro día muy claramente. Las cosas tienen un precio. Si quiere tranquilidad la tendrá, pero le va a salir bastante cara. Ella no tiene nada que perder y puede montar un escándalo de campeonato. ¡Habráse visto el muy cabrito!

La bañera está casi llena. La joven muchacha cierra los grifos y se quita el camisón, dejándolo caer sobre

la alfombra. Ya dentro del baño, y entre la espuma, cierra los ojos con deleite. El horror hace que los abra de nuevo. Unas manos fuertes calzadas con guantes de goma, presionan su cabeza y la hunden en el agua, bajo la espuma, mientras el aire de sus pulmones asciende formando burbujas que se unen a las del jabón. Todavía tiene fuerzas para sacar una vez la cabeza del agua; pero las manos fuertes del asesino presionan hundiéndola de nuevo. Sus manos se crispan, aferrándose a los brazos criminales. Luego se sueltan y caen, sumergiéndose en el agua.

La presión de las manos calzadas con guantes de goma continúa todavía algún tiempo. Cuando finalmente sueltan, la cabeza de la muchacha sube a la superficie, con los ojos abiertos y fijos. Una de las toallas sirve para secar el par de guantes de goma que es sustituido por otro de cuero negro. Luego, la puerta del baño se cierra lentamente.

* * *

Sólo en casa, el hombre de negocios medita preocupado. Está claro que ha habido un desfalco y que el responsable ha sido su socio. Después de la conversación del otro día, la cosa no tiene duda. Mañana mismo formulará la oportuna denuncia. Sorbe su whisky y mira el reloj. Es tarde. Cuando acabe la copa se irá a la cama.

El ascensor sube rápido hasta la planta sexta. Unos pies calzados con zapatos de gruesa suela de goma comienzan a descender silenciosamente las escaleras.

Dos plantas más abajo, una mano enguantada oprime suavemente el timbre de una de las puertas. La luz de la escalera está apagada, y así permanece hasta que la puerta se abre y la claridad procedente del interior del apartamento transforma la oscuridad en penumbra.

El hombre de negocios, sorprendido al no ver a nadie, avanza unos pasos. En ese momento, una sombra oscura, que ha esperado agazapada en el quicio

de la puerta continua, golpea su cabeza con la media llena de arena.

El hombre de negocios trastabilla; y su atacante tiene tiempo de sujetarle antes de que se desplome. Luego, arrastra el cuerpo hasta la puerta del ascensor y lo deposita en el suelo. Las manos enguantadas desbloquean el mecanismo de cierre con una llave maestra y abren la puerta; el pie derecho del asesino evita que vuelva a cerrarse, mientras sus manos arrastran un poco más el cuerpo caído, y lo precipita por el hueco del ascensor. Hay un ruido sordo y luego el débil sonido de dos puertas que se cierran: la del ascensor, y la del apartamento ahora vacío. Luego los grandes zapatones de suela de goma comienzan a descender en silencio las escaleras. Un par de minutos más tarde, el ascensor comienza su retorno hasta la planta baja.

* * *

El señor Parodi bebe su último sorbo de café y sonríe a su esposa.

—Bueno, me marcho. Por cierto, mañana salgo de viaje. Sólo dos días.

Nélida arruga el gesto.

—Ya sabes que no me gusta quedarme sola.

—Ya lo sé. Pero el negocio obliga. Tengo que ver a unos proveedores. No te enfades, a fin de cuentas el dinero es tuyo. Yo sólo velo por tus intereses.

Hay una cierta sorna en sus últimas palabras que Nélida advierte. Va a replicar, pero se contiene.

Han pasado un par de horas desde la marcha de su marido, y Nélida sale al jardín. Sufre un síndrome que afecta de forma notable a las mujeres ricas y ociosas: se aburre, y decide, por tanto, cortar unas rosas para adornar el salón.

Una voz juvenil hace que levante la cabeza. Silvia, su joven vecina, está sentada a caballo sobre la tapia de separación.

—¡Hola, Nélida! ¿Qué haces?

—No hago nada, y por lo que veo, tu tampoco.

—Tendría que estar estudiando, pero me aburro. Por cierto, el otro día llevabas un vestido nuevo. ¡Un sueño!

—A tu disposición. Un día si quieres entras y te lo pruebas, y si te está bien te lo presto.

—¿Lo dices en serio?

Una voz ronca llega autoritaria desde el fondo del jardín contiguo.

—¡Silvia! ¡Ven inmediatamente!

Silvia replica de mala gana.

—¡Voy mamá! ¡Adiós Nélida! Ya seguiremos hablando.

Silvia se deja caer sobre la hierba del jardín. Entra corriendo en la casa.

Su madre, la viuda Martin, espera muy enfadada.

—No sé cuántas veces voy a tener que decirte que no quiero que pases al chalet de al lado. ¿No tenías que estudiar?

—Sí, mamá, pero verás, Nélida tiene un traje nuevo y...

—¡Eso son tonterías! Eres una cría y te pasas el día pensando en trapos...

Continúa hablando, pero Silvia ya no la escucha. Está acostumbrada a las filípicas de su madre y piensa que es un ser insoportable. Que bien hizo su padre muriendo en aquel accidente. El tampoco podía soportarla, con su autoritarismo y su pinta hombruna, con esos pies y esas manos gigantescas, esos hombros cuadrados, y esa falta total de feminidad. Es una suerte que se pase los días y algunas noches fuera de casa.

Nélida está tumbada en la cama; leyendo, pero incapaz de concentrarse en la lectura. De vez en cuando levanta la cabeza y se ve reflejada en el espejo del tocador, donde se amontonan los cosméticos, los frascos de perfume y un pequeño maniquí soporta su peluca rubia. Es posible que su marido la llame por teléfono. A veces lo hace cuando está de viaje. Y como atendiendo a sus deseos escucha un timbrazo y descuelga inmediatamente el receptor.

Pero no se trata del señor Parodi. Nélida escucha atenta, con expresión preocupada, contestando con monosílabos: Sí, claro; en seguida, no te preocupes... Cuelga y se queda un momento dudando. Luego marca el número de la casa de al lado.

—¿Silvia? Soy Nélida. ¿Podrías hacerme un favor?...

Es realmente complicado atentar contra la vida de una persona que no sale de su casa. Embutido en su impermeable negro, con sus grandes zapatones de suela de goma y sus finos guantes de cuero, el asesino mira desde la acera el rectángulo de luz del dormitorio de Nélida. Por primera vez desde hace tiempo está inquieto y piensa que las cosas pueden desarrollarse de forma inconveniente. Pero tiene que cumplir su encargo. Entrará en la casa y la matará. Luego, dispondrá todo para que parezca un robo. No hay otra solución. Abre con una ganzúa la puerta del jardín. No importa que queden señales, al contrario, puede ser conveniente. Sus pies calzados con gruesos zapatos de suela de goma cruzan el jardín sin ruido. Es suerte que no tengan perro.

Ha bordeado la casa, y fuerza ahora la cerradura de la puerta trasera, que da acceso a la cocina. Allí, elige entre el juego de cuchillos que cuelga de un panel el que considera más manejable. Sin ruido abre la puerta y entra en el salón comedor. Lentamente lo cruza y sale al hall, deteniéndose al pie de las escaleras. Escruta el silencio que llega de la planta superior. Luego, sus pies comienzan a subir la escalera, deteniéndose ante el más pequeño chasquido...

En el dormitorio, frente al espejo, el lápiz de labios completa la obra del maquillaje, y las manos, abandonando la barra de carmín ajustan la rubia peluca rizada, y luego bajan para alisar los pliegues del vestido de fiesta.

Lentamente, sin ruido, la puerta se abre lo suficiente para que una sombra oscura se deslice en el interior de la habitación. La penumbra impide que su imagen se refleje nítida en el espejo. Sólo hay un destello de luz

en la hoja brillante del cuchillo, firmemente sujeto por la mano enguantada; cuando el arma corta el aire y se hunde con rapidez en el cuerpo vuelto de espaldas.

Sólo un gemido ahogado precede al desplomarse del cuerpo sobre la alfombra. Al caer, la peluca se desprende de la cabeza y una larga melena rubia se extiende por el suelo.

El asesino retrocede ahogando una exclamación. Se adelanta de nuevo, y sus manos enguantadas dan rápidamente la vuelta al cuerpo caído, para comprobar con horror que ha matado a Silvia, a su hija, que está ahí, con la cara embadurnada de maquillaje y los ojos fijos para siempre.

—¿Silvia? Soy Nélida. ¿Podrías hacerme un favor? Tengo que salir y estoy esperando la llamada de mi marido. ¿Te importaría venir un momento a casa? No creo que tu madre se enfade. ¿Ha salido? No te olvides de dejarla una nota. Es mi sobrina, ¿sabes?, se ha puesto enferma y tengo que llevarla al sanatorio. No sé, supongo que apendicitis...

La viuda Martin se ha abrazado al cadáver y así continúa incluso cuando Nélida la descubre, y cuando llega después la policía. Es posible que piense en las cosas que tiene que hacer una viuda para mantener y educar una hija decentemente.



Voces en las cañerías





Voces en las cañerías

Jesús María Zuloaga Zuloaga

Aquello —*feo ordinario, grosero, vulgar—, voz terrible de las profundidades, surgió en la zona noble de la ciudad y no en la «otra», más apropiada y menos alérgica a cualquier tipo de monstruosidades. ¿Por qué...?*



LA ciudad era una mentira: «Buena», en el llamado casco urbano y «mala», en la otra parte.

En el centro, habitaban, la virtud pública (hablar de la cosa privada, se consideraba «insolente acto de mal gusto»), el orden, la insonorización, que no el silencio, porque sus calles servían sólo para el andar del privilegiado peatón del vecindario; la limpieza, la luz, la comodidad...

Todo lo demás, era periferia, arrabal, suburbio más o menos ilustrado, más o menos colmena y chabola. Allí, la aglomeración del vicio, droga y prostitución; el ruido automovilístico de los embotellamientos, el griterío, los apagones, las sirenas de las ambulancias o de los coches policiales; el gentío apretado, «municipal y espeso», las bocas del metro que expelían calor de masa, olor de cuerpo sin aire propio, siempre contaminado por el aliento próximo, o el mero exudar del que estaba al lado, cuerpo a cuerpo, en el apretón agitado del autobús, o del vagón ferroviario; ocasión vulgar para el logro sensual de un roce volátil, acaso de un consentido contacto al compás de la marcha.

Sin embargo, las *voces* en las cañerías comenzaron a

oírse en una boca de riego de la Plaza Elíptica del centro, la más exquisita y mejor trazada de la ciudad.

Imaginad...

Los dos empleados, perfectamente uniformados, rodeados de niños y niñeras que holgaban al sol, levantaron la tapa metálica, limpia, nueva, reluciente y, justo cuando uno de ellos iba a enroscar la toma en la boca de bronce, «alguien», «algo»... gritó desde allí dentro, al través del agua, como nunca escuchado quejido de ahogado a punto de expirar.

—No... no... ¡que me mataréis!... no, no... ¡por piedad!

Se miraron todos un instante repentino, cuajado el miedo en paralización colectiva que se amplió en pánico, cuando el agua pujó hacia arriba, con violencia, como petróleo insólito; un agua sucia, negra, surtidor de inmundicia, para caer al fin sobre los allí presentes, como lluvia asquerosa, líquido pestilente espeso como pus y pegadizo, miel de abeja emponzoñada.

—No... ¡qué me ahogaréis!... ¡me mataréis!, gritó la voz por segunda vez.

Y cual si el chorro de agua negruzca fuera resumiéndose, contrayéndose, quedó al fin, en la boca misma, *algo* vivo, gris oscuro, tal si fuera mano de tres dedos: pulgar, corazón e índice, todo ello recubierto de ventosas que buscaban con temblor nervioso la superficie perdida, en la que hasta entonces habían encontrado apoyo, en la cilíndrica uniformidad de la cañería.

Cabía imaginar, que se trataba de extremidad humanoide a partir de la cual, hacia dentro, estaría el resto... ¡y en la *cabeza* del resto, la voz!

El escalofrío del centro urbano, invadido por aquella repelente materia, fue de miedo vulgar, pero también de alarma porque el hecho pudiera ser conocido por la otra parte de la urbe.

Aquello, la *mano-molusco,* la voz de las profundidades, debería ser secreto, hijo ilegítimo que sólo tiene derecho a llorar, cuando la madre soltera deja al re-

cién nacido clandestino, al pie de una puerta, toca el timbre y aprieta a correr.

Dispuso el señor alcalde: una muralla humana en torno a la boca de riego y, pronto, sin demora (¡aquello era terror que estorbaba, amenaza incompleta que nadie quería conocer completamente, tirando de ella por ejemplo!) se supiera el qué, los qués, el por qué y los por qués de todo.

—¿Tirar de eso?, preguntó con un pañuelo perfumado sobre los labios, bajo la enrojecida nariz, a punto de náusea, la esposa del señor alcalde.

—Habrá que hacerlo... una voz humana, *nuestra,* grita desde lo hondo de la tubería.

—¿Nuestra?... ¡eso, es imposible!

Pregunta y respuesta eran estúpida réplica de una porción social que orgullosamente se definía inmune a todo lo que, en apariencia, fuera grosero, feo, ordinario, vulgar... ¡cuánto más aquello! ¿Cómo allí en la zona noble de la ciudad y no en la otra, más grande, más apropiada, menos alérgica por supuesto a cualquier tipo de monstruosidad?

Los tres dedos de piel arrugada, tentáculo de pulpo, seguían rascando el aire. El agua era débil fluido intermitente que sangraba hedor por entre las articulaciones mórbidas.

El señor alcalde dudaba:

—¿Tiramos para ver más o cortamos?

Había hablado ya para entonces con el presidente de la Nación.

—¡Actúe sin dilación! —ordenó imperativamente el mandatario—. Lo sabe ya todo el mundo menos ustedes ahí por lo visto.

Era verdad. En las bocacalles que simétricamente desembocaban en la Plaza Elíptica, las cámaras de televisión, los periodistas en racimo turnaban por entrar para ver, creer y contar luego.

Valiéndose de un megáfono el confundido alcalde intentó satisfacer la demanda informativa.

—El fenómeno —dijo— es de carácter científico y con el rigor que la ciencia exige debemos actuar. Re-

tírense y confíen. Cuando se me indique que... «esa cosa» puede ser vista como noticia explicable, tendrán ustedes las facilidades de costumbre.

Un griterío con abundante fleco de epítetos fue la clamorosa réplica del personal periodístico.

Así, con la plaza cercada, los dedos movientes, calladas momentáneamente las voces de la cañería, llegó la primera noche.

(No se ha dicho todavía que el domicilio del señor alcalde, era mansión comprada a un arruinado marqués despilfarrador, que levantó allí su jactancia, con piedra sillar de color rosa, traida de la única cantera existente en los Países Bajos. Tampoco que la balconada del palacio abría su luz a la Plaza Elíptica.

Igualmente no hemos tenido tiempo de recibir la noticia privada que constaba en los ficheros de la brigada criminal de la ciudad —¡«insolente acto de mal gusto» decirlo, aunque fuera verdad!—. El hijo primogénito del señor alcalde ejercía, como don Francisco de Quevedo mismo hubiese definido, de protomaricón del distrito pornográfico, cuyos límites empezaban oficialmente en donde rendía su farisáica perfección el centro urbano y comenzaba el bullicio de la otra ciudad, la «mala».

Conozcamos una tercera noticia antes de que las voces de las cañerías, nos hipotequen la atención y nos conviertan en membrillo de miedos. Furtivamente, entraba casi a diario, por el patio trasero del noble edificio, una «tía», La Bartolo, rubia explosiva que, proveniente de la otra parte, del más allá del lindero de la «virtud», cumplía no se sabe qué cometido en el municipal edificio. En los ya citados archivos de la brigada criminal aparecía clasificada como ramera doctorada, para el sexo femenino, el oficio idéntico al del protobujarrón.)

Con el amanecer, las voces fueron ya de angustia:

—¡Venid por mí!... ¡caridad, hermanos!... ¡soy de los vuestros!... ¡sacadme de aquí!

Un centímetro más, la *mano tres dedos,* estiró el gesto que subrayaba, con irritada urgencia insatisfe-

cha, el requerimiento que llegaba de allá dentro, en lo lejanamente profundo de la maldita cañería.

Despacho del señor alcalde. Cuatro cuerpos carcomidos por la ansiedad. Cuatro cabezas entumecidas intentaban pensar: los directores de Sanidad, Seguridad e Investigaciones Científicas y el anfitrión.

—Propongo que anestesiemos el miembro y cortemos para analizar —recitó como disco rayado el primero.

—Para eso, habría de evacuar toda la plaza con el objeto de evitar testigos. Tengo agentes en todos los pisos y terrazas. La situación no podrá mantenerse más tiempo sin el auxilio de una medida definitiva —declamaba sin convicción el segundo.

—*Eso,* sea de la especie que fuere —hablaba la ciencia— debe ser sagrado para nosotros. Procedamos inmediatamente a la liberación del ser. Ni anestesia ni fuerza del tipo que sea. Su apariencia denota fragilidad. Estoy seguro de que si tiramos, nos quedaremos con el trozo en la mano. Y la anestesia en un ser que desconocemos, no clasificado, puede desencadenar la muerte o el horror...

Desde una nube preñada de negros presagios inquirió el alcalde: «¿horror?... ¿Por qué?»

—Amigo mío —suspiró impaciente el científico— ese ser, es cosa viva, animal desde luego, puede convertirse en agresión gigantesca y brutal si la anestesia es para él, por ejemplo, lo que el ácido para el metal, no digamos para la carne humana. ¿Se da usted cuenta? Señor alcalde: cada minuto que transcurre, es tiempo precioso que perdemos en la inaplazable tarea de saber «quién», «qué» es eso.

Venció la razón de ese argumento y, como siempre que el miedo emerge con descaro a la superficie hipócritamente lisa y llana de la vida pública, ocurrió que todo fue, a partir de entonces, brutal prisa, cierre hermético, silencio por necesaria palabra. La tiranía del pánico como razón legal, con la dictadura del miedo como mano ejecutiva y la teoría del temor como fundamento constitucional, dejaron vacías las

casas de la plaza, tomadas, en los portales, las de las calles próximas y en cueros de vergüenza y confusión al censo entero de la ciudad «buena» que, inicialmente fue observada con júbilo mordaz, con risas, bromas y hasta con gestos groseros y pequeñas incursiones territoriales por la gente bullanguera de la ciudad «mala» circundante. ¡Fue de ver aquel doble ademán zafio y obsceno que, todos a una, ofrecieron los arrabaleros con el corte de mangas y el toque campanero en las partes!

La excavación fue más delicada en su quehacer que cuando la dama de Elche vio la luz primera, o, los muros del Foro Romano tornaron a ser silueta visible en la Roma antigua, rescatada del olvido.

¡Todo era brazo y más brazo! ¡De la misma medida que la cañería! ¡Carne esponjosa, con la cualidad rara de un orificio que, entre celdilla y celdilla, entre oquedad y oquedad permitía discurrir al pringoso líquido nauseabundo!

—Medimos ya seis metros, señor alcalde...

—¡Adelante, adelante!

La ciudad periférica, intuitivamente había sentido el aliento de lo extraordinario y hervía en fiesta continua que hermanaba amaneceres y atardeceres, para reducir frívolamente la gravedad del hecho mediante el aturdimiento, sin otra novedad que la del relevo de ebrios extenuados pronto sustituidos en la orgía por los que habían logrado resuello para entrar otra vez en fuego.

Debía ir el descubrimiento del *brazo* por los veinte metros de longitud, en elipse concéntrica, cuando alguien entró en la juerga dando voces de alarma que dejaron de piedra a los proscritos.

—¡Quieren cortarle la mano!... ¡quieren matarle!... ¡dicen, que es de ellos y que con lo suyo harán como les dé la gana!... ¡salvemos al hermano! Ellos le repugnan. Nosotros le acogeremos... ¡¡Libertad para el enterrado!!

Auténticamente ocurrió la de «Dios es Cristo»,

pero en lodo y en cieno; ¡leche negra hirviente rebosando del puchero!

Aquella multitud de borrachos se hizo oleaje de galerna que irrumpía en la ciudad «buena» camino de la Plaza Elíptica.

Caían por su propia precipitación, pero, como en las guerras, la inmensa avanzadilla, saltaba el humano parapeto y seguía.

El director de Sanidad, apenas tuvo tiempo para ordenar salvas de conminación y disparos de pelotas de goma y tanques de humo. También arremetieron las mangueras de los coches protegidos con persianas de acero.

Inútil, todo fue inútil.

Todo... menos la misteriosa fuerza repugnante que salía de la trinchera abierta, en donde, con mascarillas protectoras, trabajaban a tientas, palmo a palmo arqueólogos y biólogos más atentos de su propio sentir que del trabajo encomendado.

Se estremecía convulsivamente el *brazo*.

No recuerdo bien.

Tal vez transcurriera entonces la hora del atardecer. Pero la medida exacta del tiempo era lo de menos.

—¡Cuarenta metros ya!

Era demasiado...

Uno de los excavadores cayó mareado sobre el tramo de tubería recién descubierto y golpeó sobre el metal con la herramienta.

¡Qué alarido salió de ella!

Reculó el gentío amedrentado.

Pero la misma energía que les impelió, detuvo la huida en seco.

Hablaba lastimeramente la voz:

—«¿Qué hacéis conmigo, hermanos?... ¿queréis de verdad matarme?... ¿hará falta que os diga que soy como vosotros, sólo que prisionero aquí, sin saber por qué, privado del recuerdo mínimo de quien me puso aquí y desde cuándo?... He oído desde las paredes de vuestras casas y sé que existen cinco sentidos:

oído, para percibir ese zumbar monótono que rueda sobre mí. Olfato para sentir que todo es como si yo mismo me oliera en un soplo sutil aunque espeso. Gusto porque en el sitio mismo por donde, en mi cuerpo, sale ahora esto que os digo, hay lugar abierto para que entre el suministro que me dé fuerza suficiente. Tacto en el continuo palpar de las cañerías que me dan cobijo. Y vista para descubrir un no se qué continuo indefinible. No veo un algo que ahí está. También sé que fui creado por Alguien poderoso que gobierna mi mundo, nuestro mundo. Desde mis estancias, desde las cañerías que digo, he aprendido así que el ruido es mecánico, el olor es vaho de cloaca o sequedad de muro, el gusto lo mismo, el tacto metálico y la vista oscuridad...

Hubo desmayos y largo y creciente gemir en la cerrada muchedumbre. Continuó la voz:

—¿Cómo sois vosotros?... ¡decídmelo! Ahora, os imagino crueles e ignorantes puesto que así me tratáis. ¡Sacadme de aquí! y nos veremos tal y como somos. Seguid despacio hacia adelante y encontraréis el sitio desde donde os hablo...

Dardo encendido, entró en el despacho del señor alcalde la estúpida impaciencia del presidente de la Nación.

—¡Acaben ya de una vez con eso!... ¡el mundo nos mira y se pregunta si en vez de nación moderna somos laboratorio de mentiras o alucinante escenario para argumentos terroríficos!

¿Quién podría en aquella circunstancia contar la medida del tiempo?

Mañana, tarde, noche...

Constaba que pasaban las horas sin derecho siquiera al efecto sedante que una pausa hubiese supuesto.

La voz callaba desde hacía horas y el *brazo* de la *mano tres dedos* no terminaba. Estaba ya la excavación muy cerca del centro de la plaza.

Los de la periferia, roncaban el alcohol amontona-

dos. ¡Pirámide de curias viviendo entre el cero y la nada!

Pero entre ellos uno, hermano de sangre de «La Bartolo» sintió primero, descubrió después, en dónde podía estar el origen de aquella criatura formidable. Y tal como lo pensó, fue haciendo correr su fantasía de boca en boca.

En la noche (la circunstancia pedía tiniebla y frío para nacer) se oyó un clamor:

—¡Qué nos den al hijo de ese maldito!... ¡Qué venga ese cerdo!

Era al protoinvertido a quien se reclamaba.

El alcalde dijo verdad al afirmar, desde el balcón, que su hijo no estaba entonces allí.

—¡Pues, búscalo!

Alguien (¿quién sería?... ¡maldito sea!) añadió:

—Y que comparezca también «La Bartolo».

No podía ser cierto lo que corría desbocadamente de uno a otro. Pero la teoría prendió en la masa y la suposición fue pronto dogma de fe. El hijo del alcalde y «La Bartolo» habían procreado, en sus monstruosas y aberrantes relaciones, aquel ser.

La voz hablaba otra vez.

—Ese sexto sentido de todos, me dice que es lo que estáis pensando... ¿tanto importa el cómo fui engendrado?... sacadme fuera... tengo derecho a la convivencia que vosotros despreciáis y disolvéis en nada, a diario, con el ácido de la envidia y la acuciante inercia del miedo; motores de vuestra vida política, social, económica y hasta religiosa. Muy pronto, ahora mismo tal vez, alguno estará pensando que, con echar tierra sobre mí y poner esa misma tierra de por medio todo estará arreglado. ¡Eso es lo que hacéis con vuestros problemas cotidianos!... ¡eso es lo que no deberéis hacer conmigo, vuestro inaplazable problema sustantivo y único, excluyente de cualquier otro! Seguid adelante para que me podáis ver entero y verdadero, y yo a vosotros. Ahora mismo la ventaja es vuestra. Conocéis una de mis manos y casi un brazo, uno de mis brazos.

Pocos a pocos inicialmente; luego en grupos que pronto fueron tropel huyeron casi todos. Sólo quedaron los científicos excavadores y, en el mirador de la mansión, los cuatro de la Autoridad.

El se dio cuenta de ello.

—¿Por qué no continuáis?... estáis a pocos metros de mi voz, alentó incitador.

El alcalde, a quien los de abajo hacían seña fácilmente comprensible, levantó la mano y la tarea prosiguió.

—¡No paréis!... ¡ya falta menos; muy poco! —orientaba *él*.

Los cuatro de arriba bajaron corriendo.

Ved lo que vieron.

La cañería se hacía flemón del tamaño doble, seguramente triple, al de un calabacín grande.

Un excavador disponía la tenaza de largo brazo del tronzador; otro las pinzas, otro preparaba vendajes.

—¡Abrid ya! —gritó sin voz el alcalde.

El del tronzador, secó el sudor de su frente con la bocamanga.

Torpemente, rompió aún más la oxidada superficie, la pared cilíndrica de la habitación en donde *él* vivía.

—¡Así no, que me cegarás, bestia! —advirtió en un ay, la voz.

Miró el sobresaltado excavador cirujano para el rostro del alcalde. Antes de que hablara éste, entendió en su gesto la orden terrible que, desde su rictus, dictaban a la par el hastío, el pavor y la morbosa curiosidad.

Cortó más y, con las manos, dobló como si hojalata fuera, los trozos separados.

Todas las miradas coincidieron.

La identificación fue fulminante.

—¡Sí, sí es verdad... idéntico, igual!...

La voz aclaró:

—Sí, soy tal y como él me hizo; pero en el pelo, salgo a ella cuando su cabellera estaba teñida.

(*Aquello,* era rubio.)

—No os engañéis. Cuando me dé el sol seré moreno como ellos. En esto y en otros detalles soy más vegetal que animal.

Los ojos hechos sangre hasta el iris de la pupila, la boca apretada hasta parecer filo de puñal, los músculos del rostro escondidos tras los huesos de la calavera, el alcalde rasgó el aire con la orden que todos querían y temían oír:

—¡Dale!... ¡dale!... ¡dale!...

El humanoide, gritó como sólo el podía hacerlo.

Toda la ciudad (en sus dos versiones) oyó su voz.

La tronzadora «masticaba» implacable... carne, no... esponja tampoco... ¡algo vivo sí!...

Mas, en estertor acuoso, aún pudo él articular despacio una estremecedora declaración dirigida al alcalde.

—Soy tu nieto... que lo sepan todos... si... el vicio de él, de tu hijo, de mi padre, goteó por las cañerías y en germinación falsa pero cierta, real porque Dios no es mudo, ni sordo, ni ciego, ni tonto, nací yo de un ayuntamiento indemostrable, en la tiniebla, como si la cañería fuese vientre de mujer o probeta de sabio... ¡Por eso os pido bautismo y extremaunción! ¡Caridad, caridad!...

El alcalde, de rodillas sólo sabía gritar.

—¡Dale!... ¡dale!...

Y ya, él mismo, hecho furia de loco demoledor, saltó sobre aquella acusadora cabeza y, derribado por el ansia de su corazón que moría, cayó revuelto en el ser, su negra sangre, los hierros rotos y retorcidos y la respiración retenida de todos los testigos de aquel inconmensurable espectáculo negro.

* * *

La Radio del País, previa estricta censura de la ciudad «buena», en conexión mundial, mintió una vez más. Todo aquel horror pasado aparecía condensado en la siguiente noticia:

«Extraño animal en una cloaca». «Un extraño animal

fue hallado en una cloaca de... sin que hasta el momento haya podido ser identificado. El extraño ser fue encontrado en... por unos empleados que trataban de arreglar el atasco producido en el desagüe de un bar. Al efectuar la obra vieron al animal todavía vivo, que obstruía el conducto con la cloaca y lo entregaron a la Policía Municipal. Se trata de una especie de híbrido entre serpiente y molusco. En opinión del veterinario que no logró averiguar la clasificación del animal es posible que exista una verdadera familia en las cloacas. El hallazgo fue llevado por orden del Ministerio de Sanidad, al matadero municipal, donde se practicarán los análisis correspondientes para identificar a tan extraño animal». (De la prensa. 24-9-81.)

Nadie contó desde luego que, cuando la ciudad «buena» intentó rescatar su vida ordinaria, en las casas, hizo cada cual algo tan simple como abrir los grifos de las fuentes. Y... ¡era tremenda verdad lo que caía!: goterones y chorretones, masa informe, siempre negruzca compuesta de uñas partidas, dedos cortados, músculos en cachos, muñones, cartílagos, ojos... ¡muchos globos oculares!... bocas... ¡muchas bocas de labios gruesos, grandes que tardaban en salir por la moderna curva del grifo cromado!...

Y en la fuente central de la Plaza Elíptica, como petróleo (ya se dijo al principio) emergió, el brote de una pasta hecha de intestinos y (¡mierda de asco infinito!) de partes íntimas del cuerpo que, así, negras y con ventosas, eran condena maldita, paradoja infernal de las que componen con gracia y donosura el cuerpo humano engendrado bien, gestado mejor y parido con dolor y gozo.

Mas, ¿qué querían ustedes que saliera de la monstruosa conjunción de un vicio que tiene como norma la aberración?

Algo de esto y más quiso decir en la iglesia catedral el arzobispo de la archidiócesis en la homilía dominical. Pero, como en un párrafo afirmó que el crimen aquel había sido peor que aborto y la fornicación su-

puesta aún más punible què la del rey David, el gentío feligrés le pateó el sermón y le reventó la liturgia.

Aquello —se dijo como si tal cosa la ciudad «buena»— podía haber ocurrido en cualquier otro sitio. ¿Por qué exagerar?

La culpa, siempre, sería de las «Bartolos» que osasen salvar, sin licencia la frontera entre las dos ciudades concéntricas.

(Del protomaricón, se supo más tarde que dirigía una sucursal bancaria en las Américas. Una sucursal, claro, de un banco de la ciudad «buena»)

Un chequeo minucioso

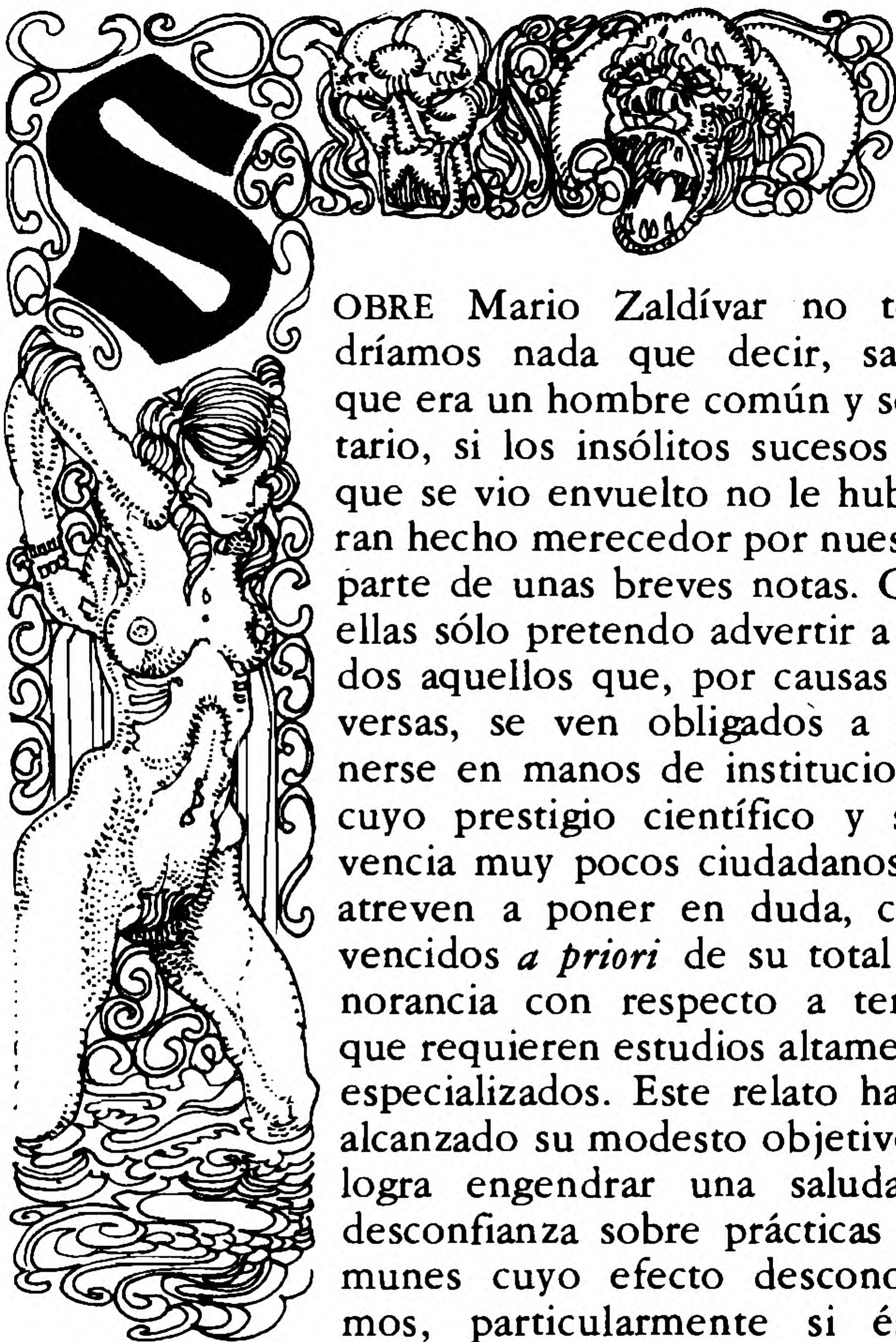




Un chequeo minucioso

Carmen Morales

«En este caso —dijo amablemente el médico—, le trataremos con un cuidado especial. Queda usted en nuestras manos».



OBRE Mario Zaldívar no tendríamos nada que decir, salvo que era un hombre común y solitario, si los insólitos sucesos en que se vio envuelto no le hubieran hecho merecedor por nuestra parte de unas breves notas. Con ellas sólo pretendo advertir a todos aquellos que, por causas diversas, se ven obligados a ponerse en manos de instituciones cuyo prestigio científico y solvencia muy pocos ciudadanos se atreven a poner en duda, convencidos *a priori* de su total ignorancia con respecto a temas que requieren estudios altamente especializados. Este relato habrá alcanzado su modesto objetivo si logra engendrar una saludable desconfianza sobre prácticas comunes cuyo efecto desconocemos, particularmente si éstas pueden poner en peligro nuestra quizás anodina, pero estimada existencia.

Hemos dicho que Mario Zaldívar era un hombre común, si este término puede aplicarse a un individuo que apenas se comunicaba con sus semejantes, exceptuando los saludos de rigor al portero de su casa o las lacónicas conversaciones con el tendero de la vecindad, que le proveía de lo necesario para su

rutinario sustento. Sus días transcurrían entre dos aficiones exclusivas:

La primera parte de la jornada la consumía totalmente en la lectura de periódicos; en las frías mañanas del invierno se sentaba en alguna cafetería confortable del centro de la ciudad, cuidando de ponerse en un rincón para evitar las molestas corrientes de aire. En verano bajaba temprano hasta las terrazas de Rosales, cuando todavía estaban frescas y solitarias.

Se compraba dos diarios de ideología totalmente opuesta y se entretenía contrastando las opiniones divergentes que sobre un mismo suceso daban los dos. Pero, sobre todo, era un fanático lector de anuncios. Estaba convencido de que un análisis minucioso de esta sección le deparaba una clara comprensión del pulso del país, mejor aún que la página de opinión o los artículos de fondo. Desde luego, nunca tuvo necesidad de usar ninguno de estos anuncios, ya que una afortunada y espectacular jugada de bolsa le había puesto al abrigo de cualquier preocupación económica.

Las tardes discurrían en una actividad que le apasionaba más todavía. Era un asiduo espectador de todos los ciclos que programaba la Filmoteca Nacional y asistía a la mayoría de los estrenos, importantes o no, que se hacían en los circuitos comerciales. En su casa tenía una habitación exclusivamente dedicada a albergar la enorme cantidad de publicaciones sobre cine que había ido acumulando a través de los años, y las paredes aparecían cubiertas de fotos de actores y actrices, como James Cagney o Edward G. Robinson, que le habían proporcionado algunos momentos memorables.

Esta afición resultaba un poco insólita en un individuo tan poco dado a cualquier tipo de relación social, ya que su aislamiento le privaba de uno de los mayores placeres de todo buen adicto, como es comentar con delectación, por ejemplo, la maravilla del primer plano de Ingrid Bergman en *Casablanca*

cuando Bogart la deja limpiamente plantada en el aeropuerto.

Sin embargo, fue su aparentemente inocua afición mañanera, la culpable de los hechos que han dado lugar a estas notas. Desde hacía algunos meses venía apareciendo en la prensa un anuncio que siempre le dejaba pensativo: «HAGASE UN CHEQUEO. Especialistas de prestigio y la seriedad de nuestra institución, le garantizan la exactitud de los resultados». Lo que le hacía detenerse en este mensaje era, por un lado, sus clara apetencia a someterse a esta exploración general, y, por otra parte, la resistencia a hacer concesiones a su carácter, que él reconocía como marcadamente hipocondríaco. Finalmente decidió no contrariarse en algo que de ninguna manera podía ser pernicioso, y aquella misma tarde se puso en contacto telefónico con la clínica anunciada. Obtuvo una cita para la mañana siguiente.

Fue recibido por un hombre alto y elegante, de aspecto saludable y ágil, a pesar de que su cabello, enteramente blanco, indicara una edad bastante avanzada.

—Soy el profesor P... —aquí dio un nombre sumamente conocido en medios científicos e incluso a nivel popular—. Bien, de modo que desea usted hacerse un chequeo. ¿Se encuentra mal?

—No, no... No es eso. Estoy perfectamente, pero he creido que sería recomendable. ¿No es así?

—Desde luego. Es la mejor garantía para prevenir cualquier accidente inesperado. Creo, incluso, que debería hacerse obligatorio a partir de cierta edad. Le aseguro que todos nos ahorraríamos así muchos problemas.

—¿Cuánto durará esto? Supongo que tendré que venir varias veces.

—Si usted necesita ineludiblemente atender a su trabajo, lo haremos en varias sesiones; pero recomendamos mejor un internamiento de dos o tres días durante los cuales pueden, naturalmente, visitarle sus familiares.

—No tengo ningún inconveniente en quedarme ya mismo. Además, carezco de familia y vivo solo; por tanto, no tengo que avisar a nadie.

—¿Quiere usted decir que ninguna persona sabe que está aquí y que no tiene ni siquiera un pariente lejano?

—Así es.

—En ese caso le trataremos con especial cuidado. Queda usted en nuestras manos, señor Zaldívar —dijo el profesor pasándole el brazo alrededor de los hombros en un gesto cordial. Después llamó a una enfermera para que le acompañara.

La habitación, situada en un piso alto, era extremadamente confortable, y desde la ventana se veían a lo lejos algunas cimas de la sierra cubiertas de nieve.

Los análisis y exploraciones a los que le sometieron durante tres días fueron exhaustivas. Insistieron especialmente en las pruebas de riñón, y dado que en el trayecto de su habitación hasta el laboratorio había visto numerosos carteles muy persuasivos sobre la urgente necesidad de hacer donaciones de este órgano, pensó que tal vez la nefrología era una de las especialidades de la clínica.

Toda aquella serie de manipulaciones desagradables —algunas de ellas francamente molestas, como la nauseabunda papilla que se vio obligado a ingerir para el contraste de estómago— le habían dejado un poco fatigado y arrepentido de su decisión, de modo que se alegró cuando, al cuarto día, el profesor P... le llamó a su despacho, supuso que para entregarle los resultados finales de las pruebas.

No fue así. El profesor le dejó sorprendido con una inesperada y desagradable noticia:

—Lamento decirle que han surgido algunas complicaciones. Nada grave, por supuesto, pero las pruebas de riñón no están del todo claras. Hemos detectado algo extraño en los análisis y necesitamos hacerle una biopsia renal para precisar la naturaleza exacta de la anomalía.

—Y la biopsia, ¿es algo más complicado que todo lo que me han hecho hasta ahora?

—En absoluto. Se trata de una punción para extraer una pequeña lámina de tejido renal que después analizamos al microscopio. No debe alarmarse. Es algo sencillo que nos aportará los datos definitivos que necesitamos.

—Es extraño. Yo no siento ninguna molestia que pueda indicar que algo va mal.

—Vamos, vamos, no hay ningún motivo para preocuparse. Solo le alejaremos unos pocos días más de sus quehaceres habituales.

A pesar de las palabras tranquilizadoras del prestigioso doctor, Mario salió hondamente preocupado del despacho. Empezaba a sentirse un poco prisionero en aquel lugar que no era, desde luego, el más indicado para hacerle olvidar su hipocondría. Sentía ya una clara sensación de claustrofobia, y pensó que lo primero que haría al salir de allí sería darse un largo paseo por el Retiro respirando aire fresco, ahora que el viento de otoño habría cubierto el suelo de hojas secas y las rotondas estarían tranquilas y silenciosas.

A la mañana siguiente, en ayunas, le condujeron al quirófano. Al entrar en la sala no pudo evitar una intensa sensación de angustia al ver los gigantescos focos y la intimidante blancura del recinto.

Cuando despertó, contrastó dos datos que le dejaron profundamente alarmado: primero llegó a la conclusión, debido a la intensa sed que sentía y por la profunda somnolencia en la que aún estaba sumido, que le habían aplicado anestesia general para llevar a cabo una simple punción; en segundo lugar comprobó que su reloj marcaba las siete de la tarde, lo que confirmaba su sospecha de que había sido sometido a un proceso operatorio mucho más largo del que habitualmente es necesario para realizar una biopsia. La inquietante alarma se aproximó al terror cuando, llevando su mano al costado izquierdo, descubrió un aparatoso vendaje. Quedó sumergido en

un lamentable estado de confusión y zozobra ante el giro imprevisto y terrible que habían tomado los acontecimientos derivados de una decisión en apariencia tan intrascendente como la de hacerse una exploración médica. No pudo conseguir que le pusieran en contacto con el profesor, al parecer muy ocupado, y, obviamente, las enfermeras que le atendían no consiguieron aclararle el alcance de su situación.

Detestó por primera vez el hecho de no tener a nadie con quien comunicarse en el exterior, la abrumadora soledad que él mismo había escogido y que ahora le pesaba amargamente.

Quizá fue la música melancólica que se oía por alguna parte, hablando de lluvias y de renuncias amorosas, lo que le hizo recordar la hermosa curva del cuello de María, cuando giraba suavemente la cabeza para sonreírle mientras caminaban cogidos de la mano por las grandes avenidas de la ciudad. Ahora le pareció lamentable una existencia en la que nadie te espera al anochecer, debido a que has cambiado la multiplicidad del riesgo de una vida en común por una inútil y aburrida comodidad.

Parece que a la misma conclusión había llegado el equipo de médicos que dirigía el profesor P..., porque cuando unos días después éste se presentó en la habitación de Mario (que le acorraló con preguntas exhaustivas acerca del alcance de su operación en un tono incluso violento e histérico), mantuvo con él una conversación escalofriante que le dejó hundido en una aterradora pesadilla.

—Creo que hubiera sido mejor para usted ignorar su situación hasta el final, pero ya que exige una explicación, me veo, desgraciadamente, obligado a dársela para que usted comprenda la importancia de las pruebas a que ha sido sometido y, sobre todo, para prevenirle acerca de los acontecimientos que van a tener lugar a partir de ahora y de los que usted va a ser insustituible protagonista...

—¿Cómo dice? Mi protagonismo aquí ha termi-

nado. Unicamente exijo un parte de alta y una aclaración que se está demorando demasiado.

—Esa es precisamente la cuestión: usted no va a obtener nunca el alta en este centro.

—¡Usted desvaría! Pienso irme de aquí ahora mismo y, es más, denunciaré su comportamiento a quien corresponda. Parece ignorar que no puede retenerme contra mi voluntad...

—Está usted solo, señor Zaldívar. Su existencia apenas tiene valor, puesto que nadie le necesita y no ejerce profesión alguna que contribuya a solucionar ningún problema de la humanidad. Usted sólo puede ser útil a la ciencia: posee unos valiosísimos órganos que pueden remediar la tragedia a que están sometidas varias familias. Estoy en condiciones de decirle que su riñón izquierdo —que hemos extraido limpiamente— ha sido trasplantado a un padre de familia, que sin su preciosa donación, cierto que involuntaria, hubiera dejado a los suyos en la más desoladora pobreza y orfandad. Lo mismo sucederá con uno de sus ojos. Usted podrá seguir haciendo lo mismo que hacía —es decir, nada— privado de un ojo y de un riñón. Su colaboración habrá hecho posible que dos personas recuperen la alegría de vivir. Puede sentirse orgulloso; al menos, esto dará sentido y valor a su anodina existencia...

La perplejidad dejó paso a un terror acongojante en el ánimo de Mario Zaldívar, que le impulsó a salir disparado hacia la puerta de la habitación dispuesto a huir de aquel espantoso establecimiento. Antes de que pudiera conseguir sus propósitos, dos robustos enfermeros le devolvieron a la habitación y le mantuvieron sobre la cama, impasibles ante sus desesperadas demandas de auxilio.

Instantes después entraban tres individuos de aspecto siniestro a los que no había visto hasta entonces, transportando un carrito lleno de instrumentos quirúrgicos. Uno de ellos se acercó a él esgrimiendo en la mano una amenazante jeringuilla.

No se dio cuenta de nada más. Cuando despertó

supo que aquello no había sido un sueño aterrador, sino una demencial y alucinante realidad producida por unas mentes diabólicas. La pesadilla había comenzado ya, porque alrededor de la cabeza tenía un grueso vendaje que le cubría media cara. ¡Le habían sacado un ojo! ¿Qué espantoso final le aguardaba ahora? Un grito desgarrador y sostenido impuso una espesa tensión sobre los ámbitos habitualmente silenciosos de la clínica, alarido sin duda justificado en seguida por el personal de servicio con alguna explicación coherente.

Profundamente mareado, Mario se incorporó en la cama, y tambaleante, se dirigió a la puerta de la habitación. Allí estaban los dos enfermeros.

A partir de entonces le mantuvieron permanentemente drogado. En los cortos intervalos que quedaban entre la administración de las dosis, comprendió que la pesadilla no se había consumado, porque era evidente que no le dejarían salir de allí los responsables del establecimiento exponiéndose a una denuncia segura.

Aprendió a fingir una pesada somnolencia cuando el narcótico dejaba de hacer efecto. Así, al menos, podría conservar cierto estado de consciencia pasajera que, en su especialísima y angustiosa situación, era vital para supervivir.

Condenado a permanecer inmóvil para no alertar a los enfermeros, que de vez en cuando se asomaban a la puerta para vigilar su despertar, Mario vivía la más absurda y espeluznante situación que nadie hubiera atrevido a imaginar. Enloquecía pensando en su impotencia. ¿Cómo era posible que nadie hubiera advertido las siniestras prácticas que aquel grupo de desalmados llevaba a cabo en la más prestigiosa clínica de la ciudad? Su desgracia se le hacía aún más patética cuando evocaba el plácido discurrir de la vida ciudadana en el exterior: peatones ajenos por completo al horror de los hechos que se desarrollaban a sólo unos cientos de metros de las soleadas avenidas por la que ellos circulaban plácidamente, parejas re-

mando en la Casa de Campo, escolares recién peinados camino del colegio, el olor a tinta fresca de los diarios de la mañana... Sintió una angustiosa opresión en el pecho recordando la indiferencia con que había contemplado estas cosas hacía tan sólo unos pocos días... Tantas imágenes que quizá no podría recuperar jamás.

Oyó unos pasos decididos por el corredor y se dispuso a fingirse dormido. Entraron dos o tres personas; entre ellas reconoció la voz del profesor:

—No hay más remedio, señores. Necesitamos una víscera en condiciones inmejorables. Aunque utilizásemos los recursos más sofisticados a nuestro alcance, no podríamos ya salvar la vida de ese hombre. Nuestro objetivo es servir a la ciencia sin reparar en los sacrificios que ello requiera. Creo que no es preciso demorar más la oportunidad que el destino nos ha puesto en las manos...

Después de esta espantosa declaración a sus compañeros, el profesor se dirigió hacia la puerta y dio una orden terrorífica:

—Lleven al paciente al quirófano número dos.

Un violento escalofrío recorrió la espina dorsal de Mario. ¿Qué más querían? ¿QUE MAS QUERIAN? Cuando sintió que le colocaban en la camilla, procuró permanecer totalmente inmóvil, al acecho de una oportunidad para escapar. Sabía que los quirófanos estaban situados en el sótano y que para llegar a ellos era necesario pasar frente a la puerta principal del edificio.

Cuando advirtió que habían llegado al lugar adecuado, dio un salto colosal y corrió frenéticamente hacia la salida. Consiguió acceder a la calle y avanzar unos cincuenta metros antes de que las zarpas implacables de los enfermeros le alcanzasen. Forcejeó con ellos enloquecidamente, presa de todo el pánico que puede embargar a un hombre que intuye que tal vez aquella es su última oportunidad de mantenerse vivo. Tras una lucha atroz, consiguieron reducirle. Después le arrastraron otra vez hasta la camilla en un es-

tado lastimoso. La gente se arremolinaba en la puerta contemplando aquel desgraciado espectáculo.

—Pobre hombre, parece que ha enloquecido... ¿Que le van a hacer? —preguntó una mujer de edad avanzada.

—Estamos ya acostumbrados, señora. Algunos reaccionan así justo en el último momento —comentó uno de los enfermeros.

—Tranquilícese hombre —dijo el otro compañero dirigiéndose al paciente—. Está usted en buenas manos. El profesor P... es el mejor cirujano del corazón que tenemos en el país... Le dejará a usted como nuevo.

Mario, que durante todo el tiempo no había dejado de proferir gritos de auxilio se quedó repentinamente sin voz. De su boca, espantosamente abierta, no salía ningún sonido. DEL CORAZON. El terrible *schok* producido por estas palabras del enfermero, conmocionando violentamente sus conexiones cerebrales, le había producido una reacción histérica que le privó de la voz. Durante el apresurado trayecto hasta el quirófano, Mario hacía gestos desesperados con los ojos y la cabeza al personal sanitario que se cruzaba con él, presa de temblores convulsivos. Cuando comprendió que su espantoso final era inevitable, la gigantesca tensión a que había estado sometido durante dos semanas, cesó de repente, y su cuerpo quedó traspasado de una laxitud casi mortal. Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. La enfermera encargada de administrarle la anestesia se acercó a él y le sonrió dulcemente. Lo último que vio en este loco mundo fue la hermosa curva de su cuello.





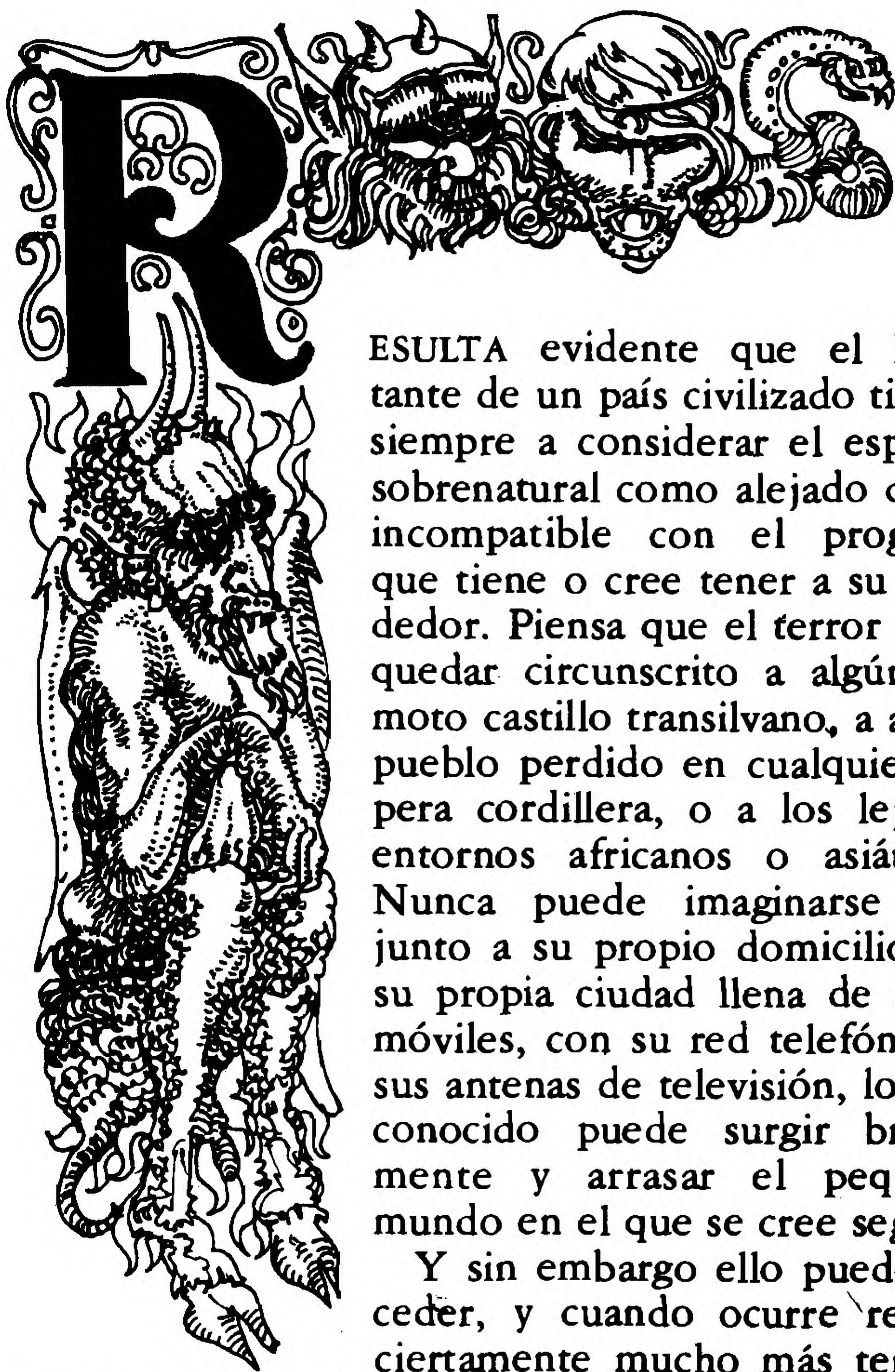
La calle larga



La calle larga

Carlos Saiz Cidoncha

¿Sabe usted que existe otro Madrid, otro mundo en el que el Conjuro no se llevó a cabo, en el que el Pacto no se firmó?



RESULTA evidente que el habitante de un país civilizado tiende siempre a considerar el espanto sobrenatural como alejado de sí, incompatible con el progreso que tiene o cree tener a su alrededor. Piensa que el terror debe quedar circunscrito a algún remoto castillo transilvano, a algún pueblo perdido en cualquier áspera cordillera, o a los lejanos entornos africanos o asiáticos. Nunca puede imaginarse que junto a su propio domicilio, en su propia ciudad llena de automóviles, con su red telefónica y sus antenas de televisión, lo desconocido puede surgir brutalmente y arrasar el pequeño mundo en el que se cree seguro.

Y sin embargo ello puede suceder, y cuando ocurre resulta ciertamente mucho más terrorífico al estar las víctimas totalmente desprevenidas e indefensas. ¿Qué diferencia existe entre campo y ciudad, entre civilización y salvajismo, para las monstruosas fuerzas que se mueven al margen del entendimiento humano? El horror puede golpear cualquier lugar del universo conocido, incluso aquí mismo, en la ciudad, en el barrio que todos creemos familiar y ajeno a todo misterio. *De hecho, lo hizo.* Y cuando la

amenaza se manifestó, tuve la suerte o desgracia de ser testigo presencial de lo que sucedió, y de lo que pudo suceder. Este es mi testimonio, que puede ser creído o no, puesto que no puedo aportar prueba alguna de su realidad. Tan sólo mis recuerdos personales de los hechos.

* * *

Aquella noche madrileña de verano había asistido, junto con un matrimonio amigo, a una sesión de cine en una sala de la calle de Fuencarral. No a una película de terror, por cierto, sino más bien de tema bélico. Luego habíamos permanecido algún tiempo charlando y tomando una bebida no alcohólica en el *burger* de la plaza de Quevedo, único lugar abierto a tales horas. Se nos hizo algo tarde.

Cuando nos despedimos y nos fuímos cada cual por nuestro lado, no acepté que me llevaran en su coche hasta mi domicilio. Hacía una buena noche, agradable y fresca, y pensé en ir dando un paseo por la calle de Magallanes y luego, torciendo a la izquierda, por la de Donoso Cortés todo adelante hasta llegar a mi casa. Era ya tarde, como digo, y no se veía nadie por las calles. Tan sólo algún automóvil zumbando aquí y allá, iluminando brevemente con sus faros las fachadas dormidas.

Estaba en algún lugar de la citada calle de Magallanes, andando despreocupadamente, cuando sentí los primeros fenómenos. Fue una extraña sensación de frío, como si una ráfaga de viento recorriera la calle. A continuación llegó algo más confuso, una vibración eléctrica en el ambiente, mientras que un sordo rumor, algo parecido a un trueno lejano, alcanzaba mis oídos.

Puedo recordar que sentí entonces únicamente la ligera inquietud de que una súbita tormenta de verano pudiera aguar mi tranquilo paseo. Miré instintivamente al cielo y, como temía, le encontré cubierto de nubes, o mejor dicho de una ligera niebla blan-

quecina. Pero en el mismo momento aquella bruma se rasgó brevemente, y entonces sí que sentí verdadero asombro.

No me era desconocida la configuración del cielo en aquella época del año. Poseo un pequeño telescopio y, más aún, había prometido a una linda compañera de trabajo mostrarle una noche a través de él algunos objetos interesantes del firmamento. A tal fin había previamente localizado la posición de un par de planetas, visibles a primera hora de la noche. Pero el espectáculo que se me presentó a través del hueco en la bruma no tenía nada que ver con lo que había visto tan sólo la noche antes. Allí había seis brillantes luceros en línea recta, fulgentes y hermosos, sin un parpadeo. Si astronómicamente no fuera imposible, diríanse seis planetas distintos puestos uno tras otro como para pasar alguna revista celestial.

Quedé tan estupefacto que cuando la bruma se cerró de nuevo, permanecí aún un rato con la vista clavada en las alturas. Finalmente, con un encogimiento de hombros, dejé de mirar al cielo y me dispuse a seguir mi camino, un poco más rápidamente, quizá. Y fue entonces cuando les vi.

No había demasiada luz en la calle Magallanes, y en un principio no reparé en nada extraño respecto a aquel grupo que se movía delante de mí, siguiendo mi misma dirección. Tan sólo un instante después advertí que se trataba de una docena de hombres o mujeres totalmente cubiertos por capuchas negras, avanzando con la rigidez de un entrenado destacamento militar.

Me detuve en seco con un respingo, pues aquella súbita visión me parecía tan absurda e incongruente como si hubiera visto de pronto un tigre de Bengala deslizándose entre los automóviles aparcados junto a las aceras. Y entonces uno de los encapuchados se volvió bruscamente hacia mí. Pareció mirarme a través de su negro disfraz, y luego me señaló a sus compañeros con la mano.

El susto por lo desconocido dejó paso a un verda-

dero temor real. Nuestra ciudad había dejado de ser segura por las noches, y aquella extraña banda podía representar cualquier cosa, y ninguna buena. Drogadictos, asaltantes, atracadores, quizá terroristas de algún género... Rápidamente me puse en movimiento y me introduje por la primera bocacalle que encontré a mi izquierda. Una calle casi totalmente oscura, aunque entonces ello no me alarmó, sino que más bien me alegró al tomarla por un seguro refugio o escondite. Corrí casi a ciegas, buscando alejarme de cualquier posible persecución, pero ningún ruido de pisadas hizo eco a las mías. Creí escuchar una breve risotada a mis espaldas.

De todas formas continué corriendo hasta sentirme más o menos a salvo, solo en las tinieblas. Entonces me detuve y miré hacia atrás. Nada, nadie. Ningún movimiento, ningún sonido, fuera de mi respiración alterada. Procuré tranquilizarme... *y entonces me di cuenta.*

¿En qué extraña calle me había refugiado? Miré a derecha e izquierda, intentando perforar la penumbra. Las fachadas eran raras, viejas, con ventanas enrejadas y oscuras. Y... no había ningún coche aparcado junto a las aceras.

Rápidamente me hice una composición de lugar. Aquella calle debía ser... veamos... debía ser Fernando el Católico, o quizá Fernández de los Ríos o... No se me ocurría ningún otro nombre, pero ambas debían estar iluminadas por puntos de luz, y sobre todo con automóviles aparcados. Aquella oscuridad, aquella soledad... pensé con inquietud que podía haberme metido sin advertirlo en una calle particular, quizás en un callejón sin salida en el que aquellos encapuchados que me asustaron podrían acorralarme sin dejarme lugar a la huida.

Pero nadie se movía, nadie me perseguía. Y la calle parecía prolongarse hacia adelante. Allá lejos se veía la luz de un farol o algo parecido. ¿Qué calle era aquella? ¿Cómo es que no podía recordarla?

Decidí seguirla hasta su final, o hasta que pudiera

dejarla por otra transversal que me llevara a territorios mejor conocidos. Me puse en marcha, sintiendo mis zapatos chascar sobre un incongruente suelo de piedra. Una sensación de irrealidad me asaltaba, intensificándose cada vez más. No, aquello debía tener una explicación natural, muy pronto encontraría algún jalón, algún lugar conocido, algún engarce con el mundo al que pertenecía...

Me detuve al llegar al farol. ¡Un farol también extraño! Era una columna de metal sucia y oxidada, en cuya cima ardía una blanca llama protegida por un cristal. ¿Un farol de gas? ¿Un farol de gas en el Madrid de 1981?

Había junto a aquella luz un edificio que me pareció una pequeña iglesia, cuya puerta aparecía coronada por la imagen de un santo o una virgen. También había en la pared una placa en la que quise ver el alusivo nombre de la calle misteriosa. Me acerqué y pugné por leerlo a la vacilante luz del farol.

Simplemente un nombre. Un nombre extravagante, como todo lo que había visto en los últimos minutos. DARGABATH. Escrito en letras negras y retorcidas, con trazos muy curvos y serpenteantes.

¿El nombre de la calle?

Me moví hacia un lado, en el completo silencio del lugar. ¿Qué significaba aquella palabra? Mi vista se posó entonces en la figura esculpida sobre la cerrada puerta de lo que tomara por una iglesia, y no pude ahogar un grito de franca alarma, ni un retroceso súbito de un par de pasos.

No era, no podía ser una iglesia. Aquella figura obscena, que no era santo ni virgen ni nada semejante, no podía adornar un templo cristiano. Temblé sin poderlo remediar ante aquella mueca blasfematoria, de burla repugnante hacia todo lo divino y humano. Sentí mis dientes castañetear.

¿Qué me había ocurrido? ¿Dónde me encontraba? ¿Qué rincón horrible se había abierto ante mí, en mi propio barrio que creía conocer como la palma de mi mano?

Mil pensamientos absurdos se atropellaron en mi mente. ¿Estaría soñando? ¿Estaría... muerto? ¿Sería aquel lugar precisamente el... el...?

¡Tenía que salir de allí! Miré a un lado, a otro, como el animal cogido en una trampa. ¿Retroceder? Los encapuchados habían reido al verme huir de ellos en aquella dirección. Ellos *sabían.*

Algo más allá del farol y de la iglesia blasfema pude advertir la boca de un callejón transversal. A mi derecha. Si todo no había cambiado, si el universo seguía funcionando, y la ciudad continuaba en pie... aquella vía debía llevarme a una calle conocida, con luces, con automóviles, con seres vivientes. La calle de Donoso Cortés, cuyo nombre pronuncié en voz alta, casi como rezo... o una paralela a ella.

Me asomé al callejón, pero no vi ninguna luz en su final. Oscuro como boca de lobo, sin siquiera un extraño farol de gas en la lejanía. Oscuro como un abismo de tinieblas.

¿O no?

Vi algo luminoso y múltiple en el fondo de la oscuridad. Por primera vez percibí un sonido, como el de un roce suave. Había unas lucecillas tenues e inquietas, agrupadas en parejas.

Eran ojos.

Entonces sí que grité, y me encontré corriendo todo a lo largo de la calle larga, de aquella en que me había refugiado en un principio, alejándome del farol y de la iglesia maligna, del callejón abierto y de los seres nictálopes que lo habitaban.

Grité aún un par de veces, mientras corría, y las fachadas ciegas me devolvieron el eco. Crucé sin detenerme ante otro de aquellos faroles, y luego un segundo y un tercero.

La calle se retorcía como una serpiente de piedra y silencio, aun conservando siempre la misma dirección. Mentalmente me aferraba con desesperación a la geometría ciudadana familiar, pensando que aquella larga vía espantosa debería acabar de algún modo

en la plaza de la Moncloa, allá a su final, con luces, con edificios conocidos.

Pero nada era seguro. Aquellas fachadas oscuras, aquellas gruesas puertas de madera. Algo así quizá pudiera encontrarse en algún viejo barrio del Madrid antiguo, pero nunca en Argüelles, en la zona urbana en la que debía encontrarme... ¿debía encontrarme?

De pronto tropecé con algo, con un ser viviente casi oculto en las tinieblas. Rodamos inconteniblemente por tierra, y un grito de pánico hizo eco al mío.

Me apresté a golpear, a rechazar, quizás a matar en un acceso de pánico. Pero un viejo rostro barbudo se enfrentó al mío, y sentí que el terror era mutuo. Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, oí el sonido de una voz humana.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a salir... en esta noche?

El acento era extraño, si bien podía entender las palabras. Quizás ahora podría saber...

—¿Quién eres tú? —pregunté a mi vez—. ¿Dónde estamos? ¿Es esto Madrid?

—Esto es Madrid —la voz pronunciaba «Madered»—. ¡Claro que esto es Madrid! Pero tú...

Extendió la mano y palpó mis ropas. Me fijé entonces en que él vestía una especie de mantón de lino, provista de capucha. Vi a sus ojos desorbitarse.

—Tú... tú debes venir de...

Se puso en pie, y le imité. Me miraba como si yo fuera un fantasma.

—¡Entonces es cierto! —casi gritó—. La configuración en los cielos... ¡es cierto lo que nos han dicho! Tú eres... tú vienes del otro Madrid... del mundo que...

—¿El otro Madrid? —sentí un escalofrío helado—. ¿Qué otro Madrid? ¿Qué quieres decir?

El viejo me seguía mirando de hito en hito.

—El Conjuro... —dijo en voz baja, como temiendo que alguien le oyera—. El Pacto... fue demasiado poderoso, demasiado terrible. El mundo se partió ver-

daderamente entonces, como ellos nos dijeron. Existe otro Madrid, otro mundo, en el que el Conjuro no se hizo, en el que el Pacto no se firmó.

Una vieja noción acudió a mi mente.

—¿Un universo paralelo? —pregunté.

El meneó la cabeza con incomprensión.

—No sé... Me he arriesgado a salir de mi casa esta noche... quería ver la configuración celeste. Y cuando tropezaste conmigo, te tomé por uno de ellos. ¿Los has visto?

—¿Los... encapuchados negros? —pregunté.

El viejo asintió, con un fulgor de temor en los ojos.

—Han salido todos a cazar. Los Adeptos, en busca de nuevos sacrificios para el Pacto. Y también los Pequeños Hermanos. Todos... todos... Nos dijeron que cuando llegara la configuración celeste los mundos se unirían de nuevo, y que el Pacto...

Se detuvo vacilante, como si temiera aquella palabra que sus propios labios pronunciaban.

—¿Qué es el Pacto? —pregunté entonces—. ¿Qué es el Pacto de que hablas?

—Hicieron el Conjuro —susurró medrosamente el viejo—. Hace siglos. Firmaron el Pacto, por amor a la nación y al rey... para prevalecer en el mundo. ¡Mira!

Giró un brazo, con una risita, indicando lo que nos rodeaba.

—¡Madrid es la capital del mundo, la dominadora! —chirrió—. ¿No es así en tu mundo? ¡Madrid es la capital del planeta, por la fuerza del Pacto! ¡Ojalá no fuera sino la más humilde de las aldeas en Asia y América! Nacemos y vivimos en el infierno... en el infierno. ¡Ah, cómo quisiera ir a tu mundo!

Pero de pronto, con aquellas últimas palabras, se echó hacia atrás temerosamente.

—¡Pero dijeron que entrarían también en tu mundo, en el otro Madrid! ¡Que traerían sacrificios de nuevo género para... para...— sus ojos se desorbitaron, y su voz se convirtió en un susurro— ...para Lo del Otro Lado.

—¿Los encapuchados negros? —inquirí, con un nuevo espanto en la mente.

—Los Adeptos Mayores —asintió el anciano—. ¿Han entrado en tu propio mundo? Debieron hacerlo, puesto que tú mismo lograste llegar hasta aquí. ¿Lo hicieron? ¿Lo hicieron?

Asentí con la cabeza, sin poder hablar, tal era el tumulto que asaltaba mi mente. El viejo chilló.

—¡El infierno está también en tu mundo, entonces! ¿No comprendes? ¿No comprendes? *¡No se les puede matar!*

Siguió un silencio, sin que ninguno de los dos intentara romperlo. Pero algo lo hizo por nosotros. Allá lejos, en la dirección de la que yo había venido. Un grito prolongado.

—¡Allí vienen! —exclamó el viejo— ¡Son ellos... ellos...!

Instintivamente le agarré por el manto encapuchado que le protegía, intentando impedir su huida. Pero gritó y me rechazó con la fuerza de un demonio. Caí por tierra, todavía sujetando el manto. Pero él no estaba ya, y oi un puerta cerrarse violentamente.

—¡Abre! —grité entonces, espantado—. ¡Abreme!

Pero no se arriesgó a darme el refugio que le suplicaba. Ni siquiera podía saber por qué puerta exacta había desaparecido. Oi otros gritos, entre ellos uno de mujer. Y algo parecido a un coro de gruñidos.... cada vez más cercano.

Corrí de nuevo, corrí con todas mis fuerzas a lo largo de la calle retorcida e interminable, en un mundo que no era el mío, en una ciudad exótica y terrible que dominaba el planeta y atormentaba a sus habitantes. Vi los faroles de llama temblante, y las fachadas viejas y leprosas. Crucé junto a negros callejones llenos de menudas luces rojas y secas risitas burlonas. En mi mente no había otro pensamiento que el de la fuga, el del alejamiento de los seres que llegaban tras de mí.

Y de pronto oi ruidos también delante mío.

Quise detenerme, pero no pude evitar que el im-

pulso que llevaba me hiciera avanzar aún un trecho. Vi la plaza.

No podía ser la Moncloa que yo recordaba, aunque quizá fuera su equivalente en aquel mundo terrorífico y desquiciado. Había un gran edificio de paredes grises, cuya culminación se perdía en la oscuridad. Y había también una multitud.

Todos murmuraban, charlaban en voz baja, gruñían en tono grave. Quizá recitaban alguna malévola plegaria, aunque no pude captar ningún ritmo, ni separar el murmullo en palabras. La plaza también estaba oscura, iluminada solo por la luz temblorosa de algunos de aquellos odiosos faroles de otra época. ¿Amanecería alguna vez en aquel mundo? ¿Y cómo serían aquellas calles siniestras bajo la luz del sol?

Nadie parecía haberme visto. Retrocedí un paso, atento al clamor de los que me perseguían. Noté entonces que aún sujetaba el mantón que había arrancado del cuerpo de mi anterior interlocutor.

Y se me ocurrió ponérmelo.

Me estaba algo corto, pero confié en la misma oscuridad que me atemorizaba. Avancé un paso, luego otro, mientras me ajustaba la capucha sobre la cabeza. Me introduje en medio de la multitud, mezclándome con aquellas personas vestidas de una forma similar.

Estaba temblando de miedo. De un instante a otro esperaba una fuerte mano sobre mi hombro, una pregunta, una acusación. Pero nada de ello ocurrió, ni nadie me dirigió su atención.

Pude observar que había hombres y mujeres. Entre ellos se movían también algunas pequeñas criaturas, encapuchadas como todos ellos, pero que no me dieron la impresión de ser niños. Mas bien enanos, gruesos enanos deformes a quienes no me sentí con ánimos de examinar de cerca. Y creí ver también, a distancia, algún ser anormalmente alto y flaco, oculto por una larga túnica gris. Pero la mayoría de la multitud era humana, si es que en el lugar donde me encontraba podía hablarse de humanidad.

Entendí incluso algunas de sus frases, aquí y allá, pese al fuerte acento idéntico al del anciano.

—... tienes tres hijos, dos varones y una hembra...

—... él mismo le vio bajo la luz, y no parecía huir...

—... dicen que son semejantes a nosotros...

—... la primera vez que comíamos en el Mesón de Gálvez...

—... se le llevaron hace dos días, y el padre desapareció...

—... la elección será ahora mucho más ligera...

—... y dicen que era un Pequeño Hermano, pero...

—... ahora suelen llegar por el Barrio Sur...

Eran conversaciones humanas, pensé. Seres humanos confrontados con una situación y un modo de vida para mí desconocidos, pero que reaccionaban como quizá yo lo hiciera en su caso.

Aquello me tranquilizó un tanto y allí, mezclado entre aquella multitud que me ignoraba, empecé a considerar por primera vez las cosas de un modo crítico. Me pregunté incluso cómo aquellos seres estaban en la plaza, esperando tranquilamente, en tanto que el viejo con quien antes hablara parecía horrorizado ante la idea de permanecer aquella noche fuera de su casa. ¿Eran acaso éstos los pertenecientes a una aristocracia especial? ¿O habían sido elegidos cuidadosamente para algún acto público, con exclusión de todos los demás?

Pero el principal problema era mi propia actuación. Podía deslizarme insensiblemente entre la multitud hasta llegar al otro extremo de la plaza... ¿y entonces qué? ¿Escapar, salir corriendo? ¿Adonde?

Aún no había podido responder a esas preguntas, cuando de repente la masa osciló. Las conversaciones se extinguieron, sustituidas por un múltiple grito.

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Y la masa humana se partió en dos, dejando camino libre a quienes se aproximaban. Luché para no verme empujado, y de pronto me encontré en el borde del camino libre, bien que pugné por dejar aquella peligrosa posición.

Como temía, era el destacamento de encapuchados negros que regresaba. Pude verlos con claridad, y advertí que se encontraban totalmente cubiertos por túnicas y capuchas, con tan sólo dos orificios correspondientes a los ojos. Me pregunté qué cosa se ocultaba tras aquellas máscaras.

Luego sufrí un nuevo sobresalto, pues los encapuchados negros no venían solos. Atenazados con zarpas de hierro traían consigo a personas vestidas de un modo diferente ¡a personas de mi propio mundo!

Había una muchacha vestida con blusa roja y tejanos, que gritaba y se debatía. Había un hombre joven que se dejaba arrastrar, el rostro ensangrentado. Había un sujeto gordo que protestaba sin cesar: «¿Quiénes sois? ¿Qué mascarada es ésta?» Y había varios más, de diversas edades y sexos, todos arreados como ganado por sus captores.

Apenas había tenido yo tiempo de captar la escena en todo su horror, cuando hubo un nuevo cambio. De pronto unos postes o cucañas verticales que yo no había visto en la oscuridad se inflamaron con un bramido, convirtiéndose en columnas de fuego e iluminando bruscamente toda la plaza. Como si se tratara de un solo ser, todos cuantos en ella se hallaban, alzaron entonces sus cabezas y estallaron en un mismo cántico o salmodia.

—¡DESIMETH, DESIMETH, DESIMETH! ¡GORGAROTH!

—¡DESIMETH, DESIMETH, DESIMETH! ¡GORGAROTH!

Aquello me erizó los cabellos. Gentes que antes me habían parecido humanas, ahora dejaban de serlo para convertirse en un solo instrumento ritual, en un monstruo de mil cabezas pero de sólo una voz. Tan conjuntadas estaban todas aquellas gargantas, que las sílabas del canto destacaban con claridad, como pronunciadas por una sola persona.

Recordé lo que se me había dicho. Un Conjuro, un Pacto había sido realizado hace varios siglos, y ello había creado una extraña civilización. Aquellas gentes

habían sido entrenadas desde su nacimiento para pertenecer a esa cultura, para mí ahora más que nunca incomprensible. Actuaban como habían aprendido, cantaban como habían aprendido... y *esperaban que su cántico tuviera resultados.* Aquel horrendo coro tenía *fuerza,* creaba *energía.* Y me encontré, pese a mí, participando en el cántico infernal, cantando con ellos, llevando la misma cadencia y el mismo ritmo... ¡casi identificado con ellos!

Los encapuchados y sus prisioneros habían llegado a las puertas del gran templo. Las puertas se abrieron ante ellos, y el cántico de la multitud se detuvo de pronto... ¡y yo también! Hubo una pausa, y la salmodia se reanudó, con variación en las palabras.

—¡HEKINATH, HEKINATH, HEKINATH! ¡GORGAROTH!

—¡HEKINATH, HEKINATH, HEKINATH! ¡GORGAROTH!

La multitud se puso en movimiento, y me arrastró en su seno, hasta hacerme trasponer con ella las puertas del templo. Me encontré en el interior, donde las voces rituales retumbaban en mil ecos. Pero luego cesaron de nuevo, de golpe, como obedeciendo a alguna oculta señal. El silencio se hizo en el interior del templo.

Aquello era enorme, y desde cualquiera de sus puntos, al menos en lo que se refiere al lugar donde la multitud encapuchada estaba, podía tenerse una visión clara del fondo, de lo que hubiera correspondido al altar en una iglesia de mi mundo. Había luces allí, si bien no pude identificar bien sus fuentes. Unas cortinas negras y temblantes se extendían desde el alto techo hasta rozar el suelo, y ante ellas se erguía uno de los encapuchados, extrañamente alto y ancho, con unos símbolos amarillos tejidos en el pecho de su larga túnica oscura.

No se oía murmullo, pero noté vagamente la inminencia de algo terrible, como un signo extrasensorial de que un suceso espantable se acercaba en el

tiempo, se precipitaba del futuro al presente como una fiera que salta sobre su presa.

La presa estaba ahí, y pude oír de pronto su chillido. Era la muchacha de los tejanos, la prisionera de mi propio mundo, que era arrastrada hacia el oficiante. Dos encapuchados negros la tomaron por su cuenta, y empezaron rápidamente a desnudarla, mientras yo notaba que a mi alrededor los seres de la plaza se ponían tensos, aguardando como yo aquello que se avecinaba, que se anunciaba en cada nervio de nuestros cuerpos.

¿Una violación colectiva? ¿Un sacrificio humano a los dioses de aquel templo? Pensé locamente en hacer algo, en intentar el imposible salvamento de la víctima, en...

Pero mis pensamientos se vieron interrumpidos de la forma más violenta. Desnudo el cuerpo de la muchacha, el gran oficiante la empujó más allá de donde él se hallaba, hacia...

¡Entonces me di cuenta de que aquello que se agitaba al fondo no era ninguna cortina!

En un sólo mazazo, más allá de todos los terrores, comprendí lo que significaban el Conjuro y el Pacto, lo que el viejo había querido decir al susurrar sobre *Lo del Otro Lado.*

Caí al suelo sin conocimiento.

Fue tan solo un momento, en un fenómeno misericordiosamente defensivo de mi mente, para evitar la destrucción total. Quizás en aquel instante logré olvidar parte de lo que había visto, aunque el horror quedó, y queda todavía impreso en mi alma. Desperté tumbado en la fría piedra, mientras un formidable griterío, unos aullidos animales estallaban en mis tímpanos. Toda aquella multitud degenerada parecía haber enloquecido. Saltaban, brincaban, chocaban unos con otros, gritando con todas sus fuerzas.

No, no quería saber lo que había sido de la muchacha, ni lo que estaba sucediendo con sus compañeros de cautiverio, ni lo que de tal forma excitaba a la muchedumbre. Me abrí paso como pude, empujando

a quienes hallaba ante mí, siempre con la mirada obstinadamente opuesta al lugar donde actuaba el oficiante. Nadie se dio cuenta siquiera de mi paso, tan absortos estaban todos en el espectáculo que yo evitaba, y de tal modo gritaban y aullaban como dementes. Me vi fuera del templo.

La gran plaza, iluminada aún por las rugientes antorchas, estaba ahora tan desierta como la calle por la que llegara a ella. Pero tras de mí seguía sonando el terrible clamor de la multitud, dentro del templo. Un momento antes no sabía a donde dirigirme, pero ahora ya sí.

Lejos, lo más lejos posible de aquel templo y de sus ocupantes.

Rodeé el edificio, sin que nadie me saliera al paso. Vi a la luz de las antorchas el principio de otra de aquellas calles retorcidas, ¡debía haber muchas de ellas, convergiendo en la plaza! Y me precipité hacia allí, sin tener idea de a dónde iría a desembocar.

Podía ser incluso la misma que ya conocía, desierta, sólo iluminada por raros faroles de gas. Corrí y corrí hasta que el maligno clamor sólo fue un recuerdo a mis espaldas. Hice entonces una pausa para recobrar aliento e intentar trazar nuevos planes.

Allá a lo lejos, en la misma dirección que seguía, pude ver una luz distinta a la de las llamas de gas, como si se abriera una plaza mejor iluminada. Miré con atención... *y pude ver un automóvil que cruzaba.*

Estaba cansado por la anterior carrera en la semioscuridad, pero aquella visión me dio nuevas fuerzas. Emprendí de nuevo la carrera, acelerándola más y más, temiendo cualquier postrera oposición que me impidiera alcanzar la bendita luz. ¡Dejar aquel universo de espantos para siempre! ¡Volver al mundo al que pertenecía!

Pero cuando ya la luz del neón parecía cercana, como si una malévola deidad jugara conmigo, todo se borró y quedé enfrentado con un interminable panorama de calle oscura que se extendía hacia el infinito.

Y en aquel mismo momento, me sentí atacado.

Fue primero un chirrido maligno a mis pies, y luego una forma enana y repulsiva, cubierta de capucha como todo cuanto había visto allí, me saltó encima. Brazos pequeños y fuertes oprimieron los míos, en tanto que la cabeza cubierta por una sucia tela pugnaba por llegar a mi rostro... a mi garganta. Grité y luché, con terror, rabia y asco, rechazando aquel endriago con toda la fuerza que pude reunir.

La capucha cayó entonces en la confusión de la pelea, y pude ver a unos centímetros de mi cara algo informe, sin ojos, nariz ni orejas, con tan sólo una inmensa boca dotada de agudos colmillos vampíricos... *y todo ello de un uniforme color morado que nada tenía de humano.*

La visión hubiera podido paralizarme, pero de hecho ejerció un efecto completamente opuesto. Una espantosa rabia se apoderó de mí, un océano de odio me sumergió, centuplicando mis fuerzas. Quería destruir a aquel ser, deshacerlo, reducirlo a la nada. Le agarré por debajo de los brazos, mientras sus uñas laceraban profundamente los míos. El dolor aumentó aún más mi ira, y así con un grito de triunfo, le alcé sobre mi cabeza y le arrojé como un proyectil contra la pared más cercana. Chirrió un instante antes del golpe, y luego aquel sonido se ahogó en un erizante chasquido de huesos, cuando se estampó contra la dura piedra. Se derrumbó como un saco, creo que muerto. Un manchón oscuro quedó en el lugar del impacto, y no me animé a comprobar el color de su sangre, si es que aquello era sangre.

Alcé los ojos, y de nuevo vi la familiar luz de mi mundo, muy cerca, ahora casi al alcance de la mano. Y también el cielo, donde la bruma se había abierto por segunda vez.

Dos luminarias brillaban allá en lo alto, luceros que no parpadeaban. Reconocí al rojizo Marte, y el otro debía ser Saturno. Alineados con ellos había otros cuatro astros desconocidos, pero sus luces parpadeaban ahora, y parecían difuminarse, como si estuvieran próximos a desaparecer.

¡La configuración! Comprendí en el acto lo que aquellos parpadeos significaban, y supe que debía darme prisa. Olvidé el cuerpo del ser que había abatido, y corrí de nuevo hacia la puerta que daba a mi mundo... y que podía cerrarse definitivamente de un momento a otro, dejándome condenado para siempre en aquel infierno paralelo. Corrí, corrí...

Y desemboqué en una amplia calle iluminada, con automóviles aparcados en las aceras, sin luces de gas, ni fachadas de piedra leprosa, ni ojillos rojos acechando en los rincones oscuros...

Rápida y temerosamente me volví. ¿Un callejón negro? Aquello se disolvía, se alejaba en otros planos y otras dimensiones... Tuve un último atisbo de tinieblas y de la lejana luz de una llama de gas, y luego me encontré mirando la fachada de una casa de mi mundo, con un portal de reja cerrado, y un cartel de propaganda política pegado bajo una ventana. Miré luego al cielo, y tan sólo Marte y Saturno brillaban entre las estrellas parpadeantes y lejanas.

Me sentí de pronto sin fuerzas. Busqué apoyo en la columna de una luz de neón y permití que fluyeran mis lágrimas. No sentía deseos de hacer nada más.

Oí un repiqueteo de pasos y me erguí, alarmado. Pero se trataba de una pareja que pasaba, apresurando el paso al cruzar junto a mí. No debía tener muy buena pinta, envuelto aún en aquel apestoso mantón con capucha.

—Es un borracho —murmuró despectivamente el hombre.

—¿Pero de dónde ha salido? —susurró muy bajo su compañera.— Hubiera jurado que había aquí una calle hace un momento.

—Déjate de fantasías —tranquilizó él—. Estaría en algún portal. Vamos, no te preocupes de él.

Se alejaron.

Y eso fue todo. No tardé en reconocer que estaba en el bulevar de Alberto Aguilera, muy cerca de mi casa. Pero no quise andar. Paré un taxi, y durante

todo el trayecto vigilé por la ventanilla que todas las calles tuvieran el aspecto que debían tener. Así fue, y cuando finalmente me ví en mi casa, en contra de lo que hubiera podido suponerse, no tardé en quedar dormido como un tronco.

¿Un sueño? Me lo pregunté a la mañana siguiente, pero las heridas que aún tenía en los brazos, causadas por las garras de mi último enemigo, me convencieron de que no había sido así. Y también aquel odioso mantón, sucio y horrible, pero que servía de prueba adicional.

¿Entonces? Ningún astrónomo pareció haber visto aquella increible configuración celestial, quizá por causa de la rara niebla que tan sólo me permitió a mí mismo dos visiones. ¿Y los satélites artificiales? Puede que todo fuera tomado por errores o alucionaciones, pues la cosa no tenía explicación física alguna.

En cuanto a los secuestrados por los encapuchados negros... bien, por desgracia en nuestra ciudad se dan diariamente muchas desapariciones. Nunca podría averiguar el nombre de aquella infortunada muchacha que... que...

El recuerdo, aunque fragmentario, parecía cauterizar mi mente. De modo que pugné por alejarlo.

Habían transcurrido siglos desde que el Conjuro fue hecho, y el mundo se partió en dos. Desde entonces tan sólo una vez las estrellas de ambos universos habían permitido crear un puente de uno a otro. Posiblemente pasarían otros tantos siglos hasta que la cosa sucediera de nuevo... y quizá la humanidad del mundo sensato estuviera entonces preparada para defenderse.

Pero yo sé ahora que en el mismo lugar, *en el mismo lugar* en que se alzan los modernos edificios del barrio de Argüelles, en que corren los automóviles y juegan los chiquillos, existe igualmente una ciudad del mal, una siniestra urbe cuyos horrores van mucho más allá de lo que puede imaginar una mente cuerda.

Y temo pasar de noche por la tranquila calle de

Magallanes. Tengo siempre miedo de alzar los ojos al cielo y ver más planetas de los que la astronomía admite, y advertir luego a mi izquierda el oscuro principio de la Calle Larga, la de los faroles de gas, las fachadas leprosas y los ojos hambrientos acechando en las tinieblas.

El roble

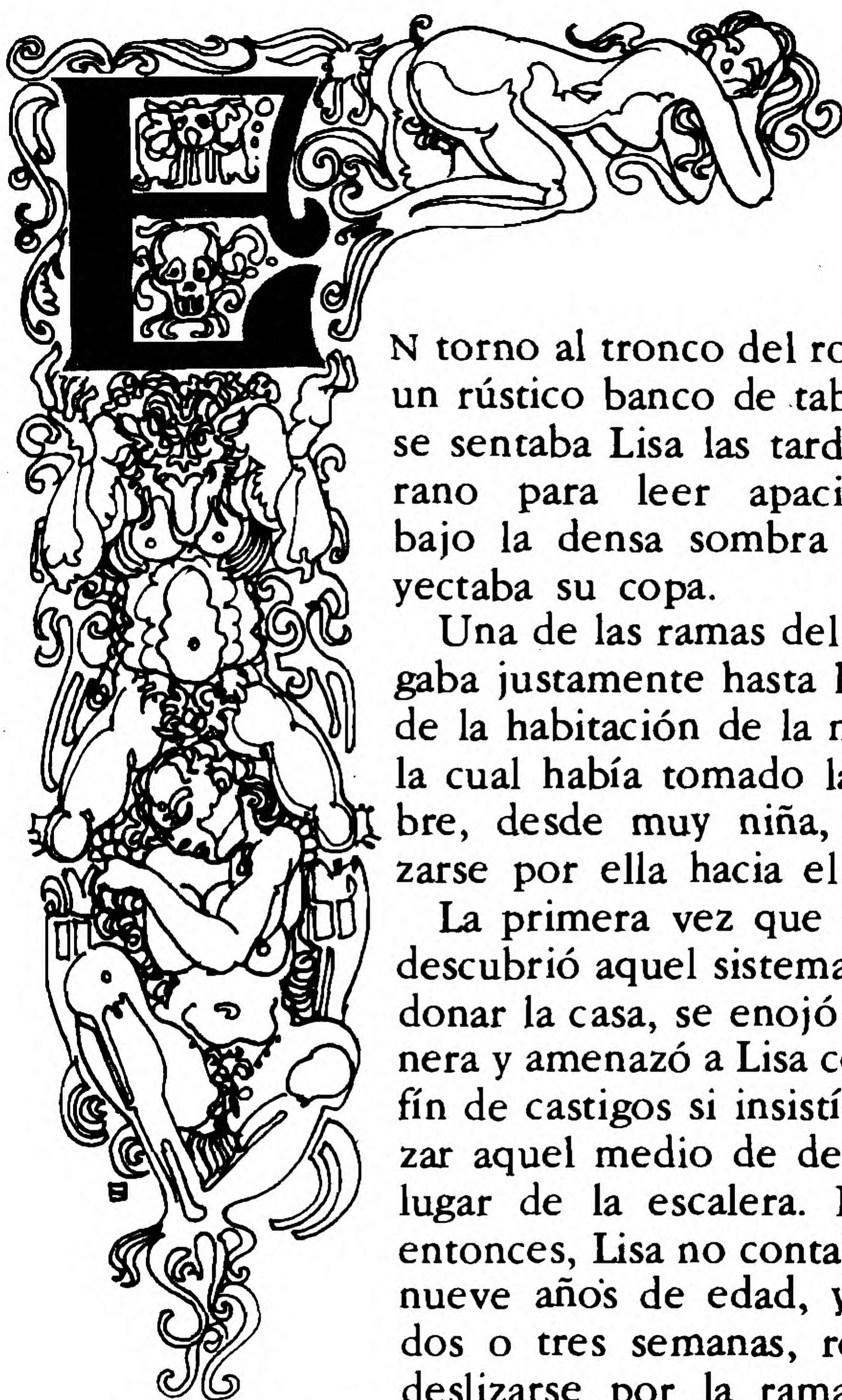




El roble

Pedro Montero

El viento, al filtrarse entre las ramas del roble, arrancaba de éste prolongados y tristes suspiros... ¿Qué secreto se escondía en aquel árbol? ¿Cuál la relación casi humana que mantenía con la muchacha?



EN torno al tronco del roble había un rústico banco de tablas, y allí se sentaba Lisa las tardes de verano para leer apaciblemente bajo la densa sombra que proyectaba su copa.

Una de las ramas del árbol llegaba justamente hasta la ventana de la habitación de la muchacha, la cual había tomado la costumbre, desde muy niña, de deslizarse por ella hacia el suelo.

La primera vez que su abuela descubrió aquel sistema de abandonar la casa, se enojó sobremanera y amenazó a Lisa con un sinfín de castigos si insistía en utilizar aquel medio de descenso en lugar de la escalera. Por aquel entonces, Lisa no contaba más de nueve años de edad, y, durante dos o tres semanas, renunció a deslizarse por la rama hasta el tronco, y desde allí al suelo, pero al poco tiempo regresó al antiguo hábito. Con el paso de los años, hasta la abuela terminó por acostumbrarse, y, viendo que la niña descendía por el roble con tanta seguridad como por la escalera, no volvió a mencionar el hecho.

Si alguna vez una compañera de la escuela hacía una visita a Lisa y se encerraban juntas en su cuarto

para hacer los deberes, la acompañante, al finalizar la tarea, pedía permiso a Lisa para utilizar aquella original vía de escape; pero la muchacha, absolutamente inflexible a este respecto, denegaba su autorización. Ella exclusivamente gozaba del privilegio de utilizarlo.

—¿Me dejas bajar por el roble? —solicitaba tímidamente la amiga.

—Ni hablar —respondía Lisa—. El roble es mío.

Durante las largas tardes de verano, sentadas ambas en el rústico banco, Lisa preguntaba a su abuela cosas acerca del árbol.

—¿Cuántos años tiene el roble, abuela?

—Muchos —respondía la anciana levantando la vista hacia las ramas que les proporcionaban sombra.

—¿Quién lo plantó?

—Un hermano de tu padre —explicaba la abuela—; tu tío Florencio. Y la mirada de sus ojos azules se ensombrecía un instante—. Lo plantó el mismo día en que cumplía los diez y siete años.

—¿Y dónde está tío Florencio ahora?

—Murió. Se lo llevó Dios muy pocos meses después de que plantara ese árbol.

—¿Por qué...? —insistía la niña—; pero la abuela, al llegar a este punto, daba por terminada la conversación.

—Tráeme las gafas, hija. Están encima de la mesilla.

En las noches de primavera, con la ventana entreabierta, el sueño de Lisa era arrullado por el leve agitarse de las hojas a impulsos de la brisa. Durante el invierno, las ramitas del roble, movidas por el viento helado, eran como dedos que llamaran a los cristales de la ventana de Lisa.

En cierta ocasión, durante la época de los frutos, y cuando la muchacha contaba ya doce años de edad, se hallaba ésta adormecida sobre el banco que rodeaba el tronco del roble. La tarde era calurosa y, abandonando el libro que estaba leyendo, Lisa fue sumergiéndose en un agradable sopor. Al cabo de un rato se removió inquieta. Oscuros sueños se agolparon

tras su frente y fueron extendiéndose en oleadas hasta su cintura. De súbito, un agudo pinchazo despertó a la muchacha, que, llevándose la mano hacia uno de sus muslos, advirtió que sus dedos se llenaban de sangre. Una bellota desprendida de las ramas del roble había venido a caer sobre sus piernas produciéndole una pequeña herida.

Presa de gran agitación, y temblando de miedo, Lisa corrió hasta la casa llamando a su abuela, la cual, lejos de perder la calma, acunó a la muchacha entre sus brazos y la besó tiernamente.

Al cabo de algún tiempo, los abuelos mantuvieron una entrevista con la maestra de Lisa y, como responsables que eran del porvenir de la muchacha, solicitaron consejo de la profesora acerca de los estudios que podría seguir. Entre los tres decidieron que lo que le convenía a la joven era adquirir lo que venía en llamarse «cultura general». En vista de lo cual, se decidió que Lisa se trasladara durante uno o dos años a Santa Agueda, donde, viviendo en casa de unos parientes lejanos, podría asistir a las clases de un colegio reconocido.

La noche anterior a la partida, Lisa se asomó a la ventana de su dormitorio y acarició las hojas del roble con cierta nostalgia. Se hallaba tan acostumbrada a aquella habitación y a aquel rasguñear de las ramas sobre los cristales, que le parecía que no podría volver a conciliar el sueño sin escuchar el rumor de las hojas del árbol movidas por el viento.

A media noche se despertó. Había dejado la ventana abierta, y una difusa luz lunar bañaba las ramas del roble, que parecían tiritar bajo un manto de escarcha. Acercándose a la ventana, contempló el roble detenidamente, agitado por el vientecillo nocturno, y experimentó una cierta nostalgia. Sin saber por qué, las lágrimas acudieron a sus ojos, y, aproximando su mano a las hojas del árbol, arrancó unas cuantas y las guardó entre las páginas de un libro.

A la mañana siguiente, después de haber hecho la maleta y haberla depositado en el porche, subió de

nuevo a su habitación y, saliendo a través de la ventana, descendió pausadamente por la rama del roble hasta poner los pies sobre el banco que rodeaba el tronco. Después se sentó con los abuelos a la espera de que se hiciera la hora de encaminarse a la estación.

La primera noche en Santa Agueda apenas si consiguió dormir dos horas. Los rumores de la ciudad eran tan distintos de aquellos a los que estaba acostumbrada, que, no bien percibió la claridad del día, se levantó de la cama, y, descorriendo las cortinas, se asomó a la ventana que daba al bulevar. Lo primero que sus ojos vieron fue las achaparradas acacias de redondeadas copas. Rodeados por el asfalto, sus escuálidos troncos surgían a través de exiguos cuadriláteros en los que podía verse una tierra negruzca y reseca. Las hojas de las acacias estaban cubiertas de una capa de polvo que ocultaba su natural verdor otorgándoles un color grisáceo y sucio. Inmediatamente sus pensamientos se dirigieron hacia el roble.

La segunda noche durmió mejor, y la tercera, no en vano era una muchacha joven y vigorosa, descansó tan profundamente como hubiera podido hacerlo en casa de sus abuelos.

Al cabo de unas semanas dejó de sentir nostalgia por la casa de campo y no volvió a echar de menos el rozar de las ramas del roble contra los cristales de la ventana. Tan sólo de vez en cuando, cada vez con menos frecuencia, abría el libro y contemplaba las hojas que aquella noche introdujera entre sus páginas.

Durante aquel año de estancia en Santa Agueda, la muchacha se desarrolló extraordinariamente, y, cuando se aproximaban las vacaciones de verano, nuevamente renació en ella la ilusión por la vida campestre.

Apenas puso el pie en la finca, después de saludar a los abuelos, que la recibieron alborozados, subió a su habitación, y abriendo la ventana de par en par hacia el crepúsculo, se apoyó en el alféizar y contem-

pló el roble a la luz carmesí del atardecer. Su primer impulso fue descender por la gran rama, y, con sumo cuidado, apoyó los pies sobre la áspera corteza. Entonces tuvo miedo, y advirtió que había crecido demasiado y que su sentido del equilibrio se había embotado durante los meses de ausencia. Vaciló un instante, y luego, volviendo a recoger las piernas, se introdujo de nuevo en la habitación y descendió por la escalera.

Aquella noche, como una salutación a su llegada, se levantó un fuerte viento, y las ramas del roble repicaron incesantemente en la ventana impidiendo a Lisa conciliar el sueño. Molesta en un principio, fue sin embargo poco a poco vencida por los antiguos rumores y los familiares chasquidos que ya casi había olvidado, y abandonando el lecho, se asomó a la ventana. La luna derramaba su luz sobre el árbol, que parecía invitarla en su incesante movimiento a sentir sobre su cuerpo aquella misma agitación, e incapaz de sustraerse a aquel extraño encanto, descalza y con ropa de dormir, Lisa salió a través de la ventana y puso sus pies sobre la rugosa corteza de la gran rama. El suave vaivén producido por el viento se transmitió a todo su cuerpo. Poco a poco fue alejándose de la ventana, y, como un equilibrista fantástico y convaleciente, comenzó a descender por el roble. La fresca brisa nocturna agitaba sus ropas y enredaba sus cabellos. Las ramas más pequeñas rozaban ásperamente su cuerpo, y centenares de hojas y renuevos obstruían el pasillo por donde antaño acostumbraba a bajar.

Cuando puso pie sobre el banco, una sonrisa iluminaba sus labios, y una violenta respiración agitaba su pecho. Gran cantidad de hojas se habían enredado en su cabello; su camisón aparecía desgarrado en algún punto, y sus brazos y piernas mostraban largos y paralelos arañazos como los producidos por el estrecho y apasionado abrazo de un transporte de amor.

Una de aquellas tardes, sentadas abuela y nieta en el banco del roble, Lisa sintió la necesidad de saber algo más acerca del árbol.

—¿Cómo era Florencio? —insistió al ver que su abuela no levantaba la cabeza de la labor.

—Murió muy joven —respondió la remisa abuela.

—¿De qué murió?

—Se despeñó. Un accidente —explicó la abuela con un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de que no deseaba hablar más del asunto.

Los días durante aquel verano transcurrían apacibles. Lisa se sumergió de nuevo en los placeres de una vida relajada y sin horario. Olvidó en gran parte los conocimientos que había adquirido durante su estancia en Santa Agueda, o quizás los almacenó en alguna parte de su cerebro y no se preocupó más que de vagar por los campos cercanos o tenderse perezosamente a la sombra del roble.

Acostada en el rústico banco de tablas, se sentía protegida por la frondosa enramada que se extendía sobre su cabeza; experimentaba la sensación de que nada malo podría ocurrirle bajo aquel dosel vegetal, pero, simultáneamente, se sentía infeliz sabiendo que, al cabo de algunas semanas volvería a estar lejos de su árbol.

La noche anterior a la partida, permaneció hasta muy tarde en la ventana. El brillo hiriente de las estrellas se filtraba de forma intermitente a través del follaje, y las ramas del roble eran mecidas por una suave brisa. Acodada en el alféizar, dejó que las ásperas hojas juguetearan con sus manos hasta que, sobresaltada, le pareció que la leve caricia de las pequeñas ramas se iba convirtiendo en algo que no acertaba a definir, pero que le producía una mezcla de atracción y miedo.

Aquella noche, mientras los dedos del roble llamaban insistentemente en la ventana, soñó que su tío Florencio había vuelto a la casa y la llamaba pronunciando su nombre desde el pie del roble.

Las tías solteronas de Lisa se sorprendieron, al término de las vacaciones, de lo cambiada que estaba la muchacha. El leve parecido de sus rasgos con las

facciones de su difunta madre se había acentuado de tal modo que, para corroborar el hecho, se apresuraron a sacar de los cajones de la cómoda los viejos álbumes de fotografías. Así fue cómo la joven vio por primera vez el rostro de Florencio.

Independientemente de contemplar con detenimiento la efigie de su madre, a fin de cerciorarse de lo que sus tías consideraban extraordinario parecido, Lisa fue conociendo, a través de una larga serie de fotografías, al que, años ha, plantara el roble.

Ya desde muy pequeño, llamaba la atención la intensidad de la mirada de Florencio. Cinco años menor que el padre de la muchacha, la diferencia de edades se iba diluyendo con el paso de los años, y si, en las primeras fotografías, Florencio aparecía como un bebé al lado de su hermano mayor, en la última existente la estatura de ambos era idéntica, y podía preverse que, de haber continuado con vida, Florencio habría aventajado en altura al padre de Lisa, puesto que ya a los diecisiete años su complexión era mucho más robusta.

Sorprendió a la muchacha el hecho de que una de las instantáneas apareciera cortada, como si, junto a su madre, hubiera posado otra persona a la que el paso del tiempo hubiera hecho indeseable. Sintió deseos de preguntar de quién se trataba, pero temiendo una respuesta evasiva, se abstuvo.

A la par que las fotografías iban pasando de mano en mano, las tías de Lisa, con cierta resistencia al principio, fueron sacando a relucir detalles de la vida de Florencio.

Tímido y apocado desde la primera infancia, sus padres tomaron como vocación religiosa lo que no era sino una cierta cortedad fruto de un espíritu reconcentrado, y obedeciendo a deseos de la abuela, en parte, y para que no se desaprovechasen las dotes intelectuales del muchacho, se decidió lo que por entonces se consideraba como la cosa más natural del mundo, y Florencio ingresó a los doce años en el seminario.

Una larga serie de fotografías mostraba a los dos hermanos creciendo juntos. Marcos, el mayor, luciendo casi siempre un rústico pantalón de pana y camisa abotonada hasta el cuello. Florencio con traje oscuro, al principio, y sotana desde los quince o dieciséis años. La abierta sonrisa del primogénito contrastaba con la seriedad del pequeño, cuyos ojos negros parecían mirar a la cámara con más fijeza e intensidad que el objetivo le miraba a él.

En la colección de instantáneas del último verano hacía su aparición la que más tarde habría de ser madre de Lisa, una muchacha muy bella, y, con la que, en efecto, Lisa tenía un extraordinario parecido.

En las fotografías, aparecía frecuentemente flanqueada por los dos hermanos. Marcos sonreía eternamente a la cámara, pero los ojos de Florencio no miraban ya al objetivo, sino que se dirigían las más de las veces hacia los de la novia de su hermano. Y en los labios de Florencio comenzó a dibujarse una sonrisa ausente hasta entonces.

A partir de la muerte del hermano menor, las fotografías no eran tan numerosas, y sí mucho más espaciadas en el tiempo. La última de la serie, previa a la boda, mostraba a la novia sentada sobre una roca con la mirada perdida en la lejanía. El futuro padre de Lisa pasaba su brazo por los hombros de su novia, pero en sus labios ya no había huellas de la sonrisa que tanto acostumbraba a prodigar.

—¿Cómo murió tío Florencio? —preguntaba Lisa.

—Un accidente —respondían con parquedad las solteronas.

—¿Qué clase de accidente?

—Se despeñó.

—¿Dónde está enterrado? —insistía curiosa la muchacha.

—Las niñas educadas no hacen tantas preguntas —argüían las tías dando por terminada la conversación.

De nuevo llegó el verano, y con él las vacaciones.

En el andén de la estación, los abuelos esperaban a la muchacha. Apenas puso ésta pie en tierra, el abuelo corrió hacia ella y tomándola en sus brazos la estrechó contra él. La abuela permaneció unos pasos más atrás, y cuando Lisa pudo verla, advirtió que había lágrimas en sus ojos.

—Cómo te pareces a tu madre —sollozó la anciana apenas conteniendo el llanto—. Te has convertido en su vivo retrato —y la joven se sintió durante unos instantes la encarnación de su madre, muerta pocas horas después del parto.

Lo primero que hizo Lisa, apenas traspasó la cerca, fue depositar la maleta en tierra y correr hacia su árbol. Encaramándose en el viejo banco de madera, rodeó el tronco con sus brazos y aproximó su mejilla hasta que la rugosa corteza le arañó la piel. Por primera vez, la abuela no festejó aquel reencuentro con una sonrisa. Mientras el abuelo entraba en la casa llevando la maleta, la anciana se aproximó a Lisa.

—Ya eres una mujer, hija —dijo—. Déjate de niñerías—. Y suavemente separó los brazos de la muchacha del roble y se la llevó hacia la casa.

Lisa se entristeció al comprobar que carecía ya de la seguridad suficiente para descender, como antaño, por la rama del roble. Más de una vez intentó abandonar su dormitorio utilizando el antiguo sistema, pero, temerosa de perder pie, tuvo que renunciar a última hora. Se contemplaba en el gran espejo del armario ropero que le devolvía la imagen de una muchacha casi por completo convertida en mujer. Se debatía indecisa entre la satisfacción de saberse madura y la nostalgia, materializada en el ya imposible descenso, de saber que se alejaba para siempre de la dorada época de la niñez.

Segura de que en la casa tenía que haber copias, y quién sabe si nuevos originales, de las fotografías que había visto en Santa Agueda, rebuscó, a espaldas de su abuela, en todos los cajones y arcas que había en la vivienda. Finalmente, un día, dio con un envoltorio, y

al separar cuidadosamente el papel de seda, una colección de fotografías apareció ante sus ojos.

Temerosa de ser descubierta, decidió obrar con calma. Volvió a dejar todo en el mismo orden en que lo encontró; se guardó las fotografías y, pretextando dar un paseo, se alejó caminando hasta la orilla del río. Allí, sentada entre los cañaverales, desenvolvió el paquete.

La mayoría de los retratos los había visto ya en casa de sus tías, pero había algunos inéditos. Especial sorpresa le causó la contemplación de sí misma en alguno de ellos, y le costó verdadero trabajo llegar a admitir que era la imagen de su madre, tan parecida a la suya, la que había quedado fijada para siempre en la amarillenta cartulina.

Cuando ya estaba dando fin al examen de las fotografías, halló finalmente una copia de aquella que más le intrigaba, y, esta vez, ninguna mano purificadora había cortado por la mitad la instantánea. No era difícil comprender los sentimientos que habían embargado a su padre, si había sido él, como parecía lógico, el autor de aquel retrato.

La parte derecha de la foto estaba ocupada por su madre, que sonriendo plácidamente, miraba con tranquilidad, no exenta de cierto descaro, hacia el objetivo. En la parte izquierda, aquella que un drástico tijeretazo había hecho desaparecer del álbum de Santa Agueda, aparecía Florencio cuando, a juzgar por la fecha escrita en el reverso, no faltaban sino escasas semanas para su muerte.

Toda la persona de Florencio aparecía como presa de un incontenible movimiento de atracción hacia la novia de su hermano. A pesar de que los dos jóvenes se hallaban discretamente separados, se hubiera dicho que, segundos más tarde, la distancia que mediaba entre ellos iba a desaparecer. El aire ausente de la madre de Lisa, la plácida sonrisa que afloraba en sus labios, y la indiferente contemplación del objetivo de la cámara, daban la impresión de un mudo consenti-

miento a la, ya indiscreta, adoración de su futuro cuñado.

En cuanto a Florencio, todo su cuerpo aparecía recorrido, y así había quedado congelado para siempre en la instantánea, por una corriente que le impulsaba hacia la muchacha que posaba a su lado. Sus manos parecían desear una inmediata aproximación a la mujer. Su cuerpo todo se inclinaba imperceptiblemente hacia la izquierda igual que una goleta, con el viento en sus velas, se ladea cómplice deseosa de recalar en el puerto. Su rostro, despreciando la fría mirada del objetivo, aparecía de perfil, y en sus labios, por vez primera, florecía una sonrisa parecida a la que, constantemente se asomaba a la faz de su hermano.

La última fotografía mostraba a Florencio, en mangas de camisa, plantando el roble. Una de sus manos sostenía al arbolillo por el tronco, y la otra un azadón con el que, sin duda, había practicado el hoyo donde iba a plantar el árbol. Sus ojos, no obstante, contemplaban a alguien que se hallaba fuera del campo de la cámara. El encuadre de la fotografía era imperfecto, y el ligero desenfoque parecía revelar que la cámara fotográfica había temblado un momento en manos del autor de la instantánea.

—Cómo te pareces a Lisa —dijo una voz a su espalda.

La muchacha se estremeció sobresaltada, y guardando apresuradamente las fotografías en el papel de seda, se puso en pie. La mujer que había hablado portaba a la cabeza un cesto de ropa, que, con toda probabilidad, pensaba lavar en el río. Sonriendo apaciblemente, continuó diciendo:

—Como se entere tu abuela de que has estado viendo las fotos, se va a enfadar.

Lisa sintió el deseo de parar los pies a la intrusa.

—Son mis padres —dijo con un tono retador que al instante la pareció innecesario.

—Lo sé —repuso la mujer—. Y tu tío Florencio —añadió depositando sobre la hierba el cesto de ropa—. Mi marido era aparcero, y vivíamos en la ca-

sucha, al lado de la casa de tus abuelos —explicó.

—¿Conociste a mi padre? —preguntó Lisa sin poder evitarlo.

—Todos los meses le llevo la ropa limpia a la cárcel de Villarta —repuso la mujer atusando suavemente un mechón de cabellos que se derramaba sobre el hombro de la muchacha.

Faltaba todavía una semana para que finalizaran las vacaciones de verano, cuando los abuelos decidieron que Lisa se trasladara a Santa Agueda. La muchacha no se extrañó en lo más mínimo. Alguien se habría encargado de comunicarles que la antigua aparcera y Lisa tenían frecuentes charlas a la orilla del río, y los ancianos habían considerado más prudente cortar aquella comunicación antes de que el espíritu de la muchacha se viera conturbado por revelaciones inconvenientes para la que todavía consideraban una niña.

En el transcurso de aquel verano, no obstante, la transformación física de Lisa se había acentuado de tal modo que, solamente el natural deseo de los ancianos y su resistencia a que la joven adquiriera la independencia consustancial a la mayoría de edad, podían ser causa de que sus abuelos continuaran viéndola como a una niña.

Por otra parte, algo se había quebrado en el alma de la muchacha. A través de su mirada podía intuirse que, lejos de hallarse todavía en aquel tranquilo y sosegado mundo de la infancia, su espíritu había arribado ya a otras playas tras sortear los procelosos mares de la edad adolescente.

Lisa no gustaba ya de sentarse a la sombra del roble a leer un libro o a hacer compañía a su abuela mientras ésta tejía interminables labores de punto. Mas bien parecía rehuir al árbol, y si, al salir de la casa, se dirigía hacia el extremo sur de la empalizada, prefería dar un pequeño rodeo antes de cruzar bajo la copa del roble.

Sin embargo, en más de una ocasión, había sido sorprendida por su abuela apoyada en la cerca y con-

templando desde lejos el roble, como si la distancia interpuesta constituyera una especie de salvaguarda previsora. En aquellos momentos, si algún observador hubiera podido mirar de cerca en los ojos de Lisa, habría sorprendido en ellos una extraña mezcla de temor y de fascinación, una paradójica alianza de miedo y culpable ansiedad similar a la que se observa en el gorrión fascinado por la serpiente.

La noche anterior a la partida de Lisa, se levantó un fuerte viento, y las ramas del árbol se agitaron como brazos en la oscuridad.

—El roble se está despidiendo de tí —comentó el abuelo jocoso. Pero Lisa sabía que las movedizas ramas la estaban llamando.

Cuando la joven se retiró a su habitación, los dedos del roble repiqueteaban en los cristales de la ventana con una insistencia y una urgencia tales que amenazaban con quebrarlos. Lisa comenzó a desnudarse, pero en seguida se detuvo, y, aproximándose a la ventana, echó las cortinas con un rápido movimiento. Acto seguido, terminó de despojarse de sus vestidos y se sumergió en el lecho.

El viento se colaba por las rendijas de la madera, y sus suspiros, unidos al rozar de las ramas contra el cristal, fueron inundando el alma de la muchacha que, al rato, se vio sumida en una extraña pesadilla.

Soñó que, a la pálida luz de la luna, que bañaba veladamente el cuarto, difuminada por la cortina interpuesta, abría un armario de roble y se probaba uno de los vestidos de su madre. Después, aproximándose al antiguo lavabo de loza, humedecía ligeramente un peine en agua e iba modelando sus cabellos de una manera distinta a la habitual. Un ligero toque de sombra en los párpados y una leve aplicación de colorete en las mejillas dieron fin a la transformación.

De pronto, un golpe de aire hizo rechinar las maderas, y, un segundo más tarde, la ventana se abrió de par en par. El viento inundó la estancia, y la cortina de lienzo revoloteó como una gran ave arrebatada por el huracán. La gran rama del roble crujía cerca de

la ventana, y las ramas más menudas arañaban el marco como los dedos engarfiados de un asaltante que pretendiera introducirle en la habitación.

Bañada por la claridad lunar, Lisa se levantó del lecho, y, al tiempo que innumerables hojas del roble rozaban sus brazos desnudos, se acercó a la ventana y la cerró no sin esfuerzo. El viento, al colarse entre las ramas del árbol, le arrancaba suspiros prolongados y tristes. La muchacha, hollando con sus pies descalzos las ásperas hojas de roble, volvió sobre sus pasos y se acostó nuevamente.

Al cabo de algunas horas, algo la sustrajo al intranquilo sueño en que se hallaba sumida. El viento había cesado por completo, y las ramas habían desistido de repicar contra los cristales. El lienzo rectangular pendía terso, y la luz de la luna dibujaba contra él la silueta de la ventana. El aullido de un perro en la lejanía ascendía vertical hacia el cielo estrellado.

Cuando Lisa abrió la puerta del armario, el reflejo de la luna recorrió como un fugaz relámpago las paredes de la habitación. Su mano, guiada quién sabe por qué misterioso influjo, se alzó hasta la barra metálica y descolgó un vestido que no le pertenecía.

Se contempló ante el espejo ataviada con aquel antiguo atuendo, y, con un gesto sonámbulo, ordenó su peinado pasando después el dedo corazón por el arco de sus cejas. Reacomodó los volantes del encaje blanco sobre su pecho y se detuvo largo rato mirándose bajo la fantasmal luz del astro nocturno. Un chasquido resonó en el cristal de la ventana. Lisa volvió la cabeza en aquella dirección, y al cabo de unos instantes se repitió aquel leve crujido. Se hubiera dicho que, desde el exterior, alguien lanzaba piedrecitas contra la ventana para llamar la atención de la muchacha.

Descorrió lentamente la cortina de lienzo, y, procurando no hacer ruido, fue abriendo con sigilo la ventana. Instantes después se apoyaba en el alféizar ofreciendo la mitad de su cuerpo a la noche. Desde

aquella posición contempló el roble. La ausencia de viento hacía que sus ramas se mantuvieran inmóviles y dirigidas hacia el lugar en que ella se encontraba. La opalina claridad de la luna se derramaba sobre el árbol, que bajo aquel manto frío parecía bañado por gélida escarcha. La sombra producida por la copa proyectaba un denso círculo de oscuridad que mantenía oculta la zona del tronco. El reflejo de la luna propiciaba el ambiente fantástico al arrancar reflejos metálicos de los pendientes frutos.

De súbito, una ligera ráfaga de viento estremeció las ramas más pequeñas del roble, y aquel movimiento se transmitió hasta las alturas. Las ásperas hojas acariciaron los brazos desnudos de Lisa y trazando en ellos delgadas líneas blanquecinas. La brisa cesó, y en aquel hiriente silencio nocturno, un susurro llegó desde la sombría base del árbol hasta los oídos de la muchacha. «Lisa, Lisa», creyó sentir confusamente.

Como obedeciendo a algún mandato extraño, la joven, de igual manera que en tantas ocasiones, salió a través de la ventana y puso sus pies descalzos sobre la gran rama del roble. De algún modo sabía que aquella era la última vez que podría intentarlo; que a partir de aquella noche habría perdido definitivamente la necesaria ingenuidad fruto de la niñez; que aquella iba a ser la postrera ocasión en que descendería hasta el suelo de aquel modo.

Sintiendo bajo sus plantas las rugosidades de la gran rama, caminó como una fantasmal funámbula apartando suavemente la hojarasca. Apenas había dado dos pasos, cuando se sintió rodeada por la maraña vegetal. Las pequeñas ramas se enganchaban en el vestido igual que dedos que desearan apresarla, las hoscosas hojas arañaban su piel y retenían sus cabellos. La rugosa corteza cosquilleaba la planta de sus pies a cada paso. Nuevamente un susurro se elevó desde la oscuridad. «Lisa», oyó, al tiempo que la sangre palpitaba en sus oídos.

En aquel momento se levantó una ligera brisa que, en pocos segundos, adquirió una fuerza inusitada. La

muchacha extendió los brazos en cruz y, agarrándose a las ramas laterales, continuó el descenso. La fuerza del viento arreció, y la gran rama por la que caminaba se meció a impulsos del huracán. Una ráfaga arrancó numerosas hojas que se enredaron en los cabellos de la muchacha, y, mezclado con el naciente ulular del viento, un nuevo suspiro surgió muy cerca del tronco.

—«Lisa...»

Incapaz de mirar hacia abajo, con los cinco sentidos puestos en guardar el equilibrio, la muchacha, impertérrita, y sin que la mínima muestra de pánico aflorara a sus ojos, continuó el descenso. En aquel momento, una sombra se separó de la oscura zona en que estaba sumido el tronco, y una figura humana se encaminó hacia la puerta de la casa.

—«Lisa...»

La fuerza del viento aumentaba por momentos, y el árbol todo se estremecía con violencia. La puerta de la habitación de la muchacha se abrió lentamente, y una sombra fue aproximándose a la ventana por la que ella había salido al exterior.

—«Lisa...»

Sólo dos pasos más y llegaría a la zona del tronco, al que podría asirse con más seguridad. El aire hacía ondear el blanco vestido de la joven, y todas las ramas, como si el huracán las hubiera dotado de vida independiente, rodeaban el cuerpo de Lisa en un apretado abrazo que cada vez iba haciéndose más estrecho.

—«Lisa...»

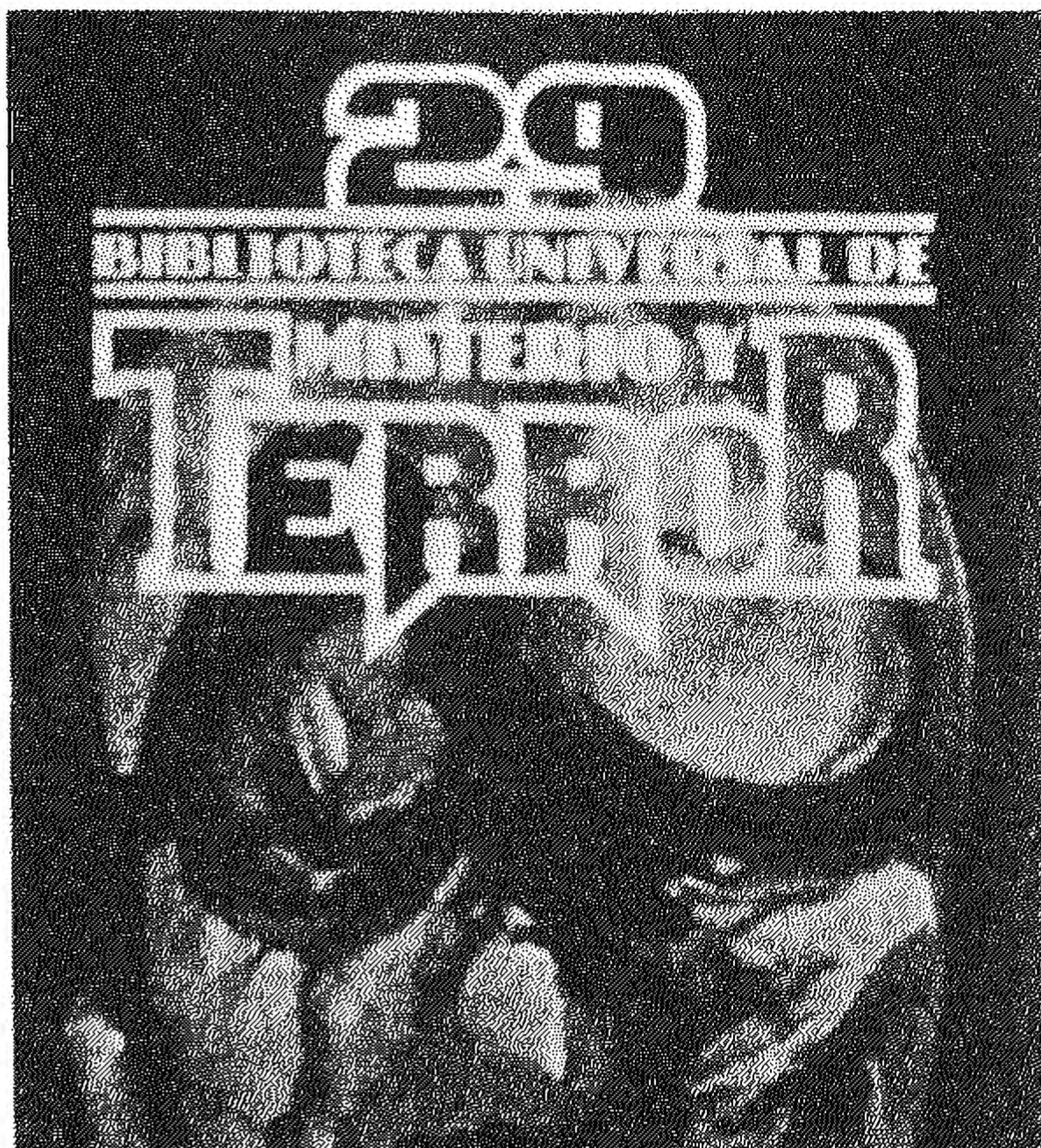
Esta vez, la muchacha no pudo impedirse mirar hacia la ventana, y, al percibir la silueta del hombre que la contemplaba con los brazos apoyados en el alféizar, lanzó un grito de terror. Aquella sonrisa era algo que había llegado a conocer muy bien.

Al girar la cabeza, perdió el sentido del equilibrio y vaciló. El huracán adquirió una fuerza tan brutal que amenazaba con arrancar de cuajo el árbol. Un momento después, al intentar alcanzar el tronco con sus

manos, Lisa perdió pie y se desplomó en el vacío, pero, antes de que su cuerpo se estrellara contra el suelo, las ramas más bajas, seguramente impulsadas por el viento, formaron un ligero entramado que fue suficiente para aliviar la fuerza de la caída. En aquel momento, se desató toda la furia del vendaval. Se escuchó un horrísono crujido, y el roble, abatido por la violencia del huracán, se desplomó contra la casa aplastando en su caída a la figura que contemplaba el cuerpo de Lisa en tierra.

Si la muchacha no hubiera perdido el conocimiento al precipitarse en el suelo, se habría apercibido de que, dos metros más allá, justamente al lado de donde, segundos antes, se encontraba el tronco del roble, se hallaba una maleta de madera como las que dan en la prisión de Villarta a los reclusos que acaban de cumplir su condena.

PROXIMA APARICION







EL REHEN

68 VECES COBARDE

EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS

VOCES EN LAS CAÑERIAS

UN CHEQUEO MINUCIOSO

LA CALLE LARGA

EL ROBLE